

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



DON ALVARO DE ALBORNOZ

Ministro de Justicia, que ha firmado el decreto cumplimentando el artículo 26 de la Constitución, que dispone sea disuelta en España la Compañía de Jesús y confiscados sus bienes. — (Fot. Vidal)



la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cataluña, 9. Tel. 14.160

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

DERROTISTAS Y DESPECHADOS

EL PODER PÚBLICO Y LA ACCIÓN DEL GOBIERNO

EL movimiento revolucionario está vencido. La autoridad del poder público ha triunfado y nadie que piense honradamente puede hacer otra cosa que elogiar sin tasa ni medida el tacto, la habilidad política y la discreción, pero al propio tiempo, la energía la entereza y la serenidad con que el Gobierno ha sabido hacer frente a un movimiento hondamente revolucionario, con ramificaciones en toda España. Es conveniente examinar y analizar el origen y desarrollo de esta huelga general revolucionaria abortada en sus comienzos y sin que haya sido necesario recurrir a aquellas medidas de «previsión» que solían emplear los gobiernos de la monarquía apenas se declaraban en huelga los obreros de una fábrica de calcetines... Ni cierre del Parlamento, ni suspensión de garantías, ni estado de guerra. Nada de eso ha sido menester para que el Gobierno de la República haya sabido mantener con dignidad y prestigio la suprema autoridad del poder público.

La lección no ha podido ser más elocuente para todos: para los eternos perturbadores de la paz, para los profesionales de la algarada y el desorden, para las clases socialmente conservadoras, para los representantes del capital y de la burguesía, que han podido observar como un Gobierno izquierdista, como un Gobierno republicano-socialista, un Gobierno en fin de cuya ideología extremista dentro del orden y del reposo sociales nadie puede dudar, ha sabido hermanar su amor a las ideas liberales y democráticas y su respeto a la paz, al orden y a la tranquilidad pública.

Guarden, pues, para otra ocasión sus críticas y comentarios los derrotistas y los despechados. En esta se han puesto a prueba la fortaleza de la República, la asistencia del Parlamento a la obra de gobierno y la adhesión casi unánime de la opinión pública compuesta de todas las clases sociales, a las medidas llevadas a cabo por el poder público.

España ha demostrado ahora una vez más que es digna de hacer uso de una plena soberanía. De la plena soberanía que se dió así misma el día 14 de abril de 1931.

EL Gobierno de la segunda República española, como muchos Estados en épocas críticas de su historia, ha decretado la extinción de la Compañía de Jesús, sobre la que cayeron, así en Europa como en América, en distintas ocasiones, las más violentas diatribas, los más duros reproches, los denuestos más agrios, las más iracundas imprecaciones.

El Gobierno ha dado, con este decreto, una satisfacción al pueblo, que distinguió siempre con su malquerencia y hasta con su rencor, a las milicias ignacias.

—o—

No existió en el mundo Orden religiosa más tenazmente combatida, más sañudamente perseguida y acosada que la que tuvo su origen, en una mañana agostaña, sobre la colina de Montmartre.

¿Por qué?

Recordemos, con la Historia en la mano, que en 1581, los jesuitas Skerwin y Campiau son condenados a muerte por haber conspirado contra Isabel de Inglaterra.

En 1595, el padre Guignard, por haber hecho la apología del regicidio, es ahorcado en París.

Tres años después, se expulsa de Holanda a los jesuitas, por «haber fanatizado y armado el brazo del miserable a quien encargan que asesine a Mauricio de Nassau».

El Parlamento de París, ya había expulsado, en 1594, de la capital y de todas las ciudades donde residían, a los ignacianos, considerados como «corruptores de la juventud y enemigos de la familia y del Estado».

También son arrojados del colegio de Breda el año 1604 por el cardenal Borromeo—aquél cardenal que inmortalizara Manzoni—, por «sus frecuentes ataques a la moral».

A las jesuitas Oldecorn y Garnet, se les envía al suplicio en 1605, como principales instigadores del famoso «motín de la Pólvora», de Inglaterra, cuyo objeto era hacer volar el Parlamento.

Refiere Llamosas y Cepeda en su obra «La muerte de Dios», que «en 1646 verifican en Sevilla, los jesuitas, una quiebra que hunde en la miseria a multitud de infelices; y que roban en 1701, un millón noventa y cinco mil libras a Ambrosio Guys, y que profanan, en 1709, las tumbas de los jansenistas, cuyos huesos dispersan...».

Una orden severa de Pedro el Grande, obliga a abandonar,

DOS FECHAS DOS HOM- BRES



el año 1723, a los jesuitas, todas las provincias del imperio ruso.

Anteriormente (1618) son arrojados de Bohemia, por «perturbadores de la tranquilidad pública».

Y desterrados de Moravia.

Y expulsados del Japón.

Y lanzados de la isla de Malta...

Nadie los quiere. Todos procuran verse libres de los acusados por el general Servira de «introducirse en las familias para influir sobre las gentes honradas y obtener la posesión de secretos, así como para apoderarse de los bienes A. M. D. G.».

Los soberanos les temen. El pueblo les odia. Nadie sale en su defensa... ¿Por qué?

—o—

Sigamos consignando hechos. Habiendo sido saqueado el colegio de jesuitas de Thorn (Polonia) en 1724, hacen condenar, los secuaces de Inigo, a diez hombres al último suplicio...

Como esclavizaran los jesuitas a los indios del Paraguay, les separaran de sus mujeres, les despojaran de su propiedad y hasta de sus vestidos para

venderlos en provecho de la Compañía, Benedicto XV, en su bula de diciembre de 1741, prohíbe a los ignacianos cometer semejantes felonías.

Once años después, el Concilio de Bolonia vota la expulsión de esta secta, a solicitud de los representantes de todos los gremios industriales.

En 1757 son expulsados del Paraguay, por «haber dejado en la miseria a sus habitantes».

Portugal expulsa, también, a la Orden de Loyola, en 1759, lanzando los arzobispos y obispos las más severas censuras contra los jesuitas.

Posteriormente (año 1762), el Parlamento de París declara de nuevo inadmisibles la institución «contraria a la ley natural», en «un país civilizado», por cuanto «la moralidad de los jesuitas es perversa, destructora de toda probidad, pernicioso para la sociedad civil y peligrosa a la seguridad personal».

Carlos III, rey de España, hace prender, en el año 1767, a los jesuitas, acusados de haber provocado la guerra civil y acumulado riquezas... Se les expulsa; se confiscan sus bienes.

Los Estados de Nápoles y

Parma, siguen el ejemplo de Carlos. El Papa Clemente XIV ordena la abolición de la Orden en toda la cristiandad.

Alejandro de Rusia les expulsa por haber «sembrado la animosidad y la discordia en las familias, separando al hermano del hermano y de sus padres, al hijo...».

—o—

«Lauro inmortal de Carlos III—escribe el obispo de Zamora, a raíz de haber sido expulsados los ignacianos por aquel rey—será en los venideros siglos la expulsión de los jesuitas».

«El jesuitismo—se expresa el obispo de Segorbe en tales momentos—es una institución que parece enderezada a extirpar la doctrina evangélica, destruir a los reyes y dominar al mundo».

«Envío mil veces—consigna un anciano venerable, el obispo de Mondoñedo—las gracias a mi soberano, por el extrañamiento de los jesuitas, a fin de lograr la tranquilidad de los pueblos».

Y el arzobispo de Zaragoza, añade: «Por la paz de la Iglesia, por la tranquilidad de los pueblos, por la felicidad del Estado y por la seguridad de los soberanos, juzgo que se hallaba Carlos III en la obligación y caso preciso de pedir a la Santa Sede la extinción y abolición total de los jesuitas, quienes han incurrido en la nota de infamia pública a causa de sus desórdenes...».

—o—

15 de agosto de 1534... 23 de enero de 1932... Inigo de Loyola... Manuel Azaña. Siglo XVI, siglo XX... Por espacio de cuatro centurias, diversos florecimientos de las milicias ignacianas; muchos vendavales azotándolas, descalabrandolas... pero no extinguiéndolas. ¿Qué secreto poder radica en ellas? ¿Qué misteriosa fuerza hácelas indestructibles?

Tengamos presente que un español las creó; pero también que un español las suprime en España. ¿Cómo iba a sospechar Inigo que un compatriota suyo daría el golpe de gracia a una institución que se tambalea al esplendor radioso y vigoroso el sol de la Libertad que inunda de luz las conciencias? ¿Cómo imaginar que a su voluntad, otra voluntad firme se opondría?

PEDRO NIMIO

NOTAS SEMANALES

DERECHAS E IZQUIERDAS

NO se puede, ni se debe, ver los últimos sucesos de Bilbao y de otras partes como hechos aislados, sin congruencia con la situación política del país y desvinculados del futuro del régimen actual. Verlos así, como pretenden los periódicos de la derecha con visible astucia, sería hacer el juego de la reacción y comprometer seriamente las conquistas revolucionarias. Por el contrario: esos acontecimientos y otros de idéntica gravedad—y entre éstos, en primera línea, el reciente discurso del señor Ventosa—indican de una manera terminante la urgencia de revisar la política republicana y de darle al fin a esa palabra República un contenido histórico. La revolución ha surcado ya bastante tiempo sin rumbo cierto, a merced de los más pequeños incidentes y sin una conciencia clara de su significación y de su finalidad en la historia de España. Algunos de cuantos luchamos por ella vimos desde el primer momento su mayor peligro en ese aire de fiesta, en esa confiada y jubilosa complacencia de los primeros días. La instauración de la República no ha sido, a pesar de sus apariencias, una fiesta, sino, al revés, un drama profundo, acaso el más profundo ocurrido en España en los tres últimos siglos, como es y ha sido siempre, en todos los países del mundo, la quiebra de un régimen secular.

La circunstancia de haberse operado en España el cambio de régimen por un procedimiento electoral no disminuye ni modifica su significación histórica, entre otras razones porque la revolución, aunque alcanzara su triunfo definitivo en las elecciones del 12 de abril, no ha sido, como pretende la crítica superficial, un acto pacífico. La revolución española, como todas las revoluciones, ha sido una guerra cruenta, con todos los dolores, los sufrimientos, los heroísmos y las crueldades de una guerra semejante. Ahora es muy fácil y muy cómodo hablar del carácter pacífico de la revolución. Pero incorporemos imaginativamente a cuantos han caído durante los últimos cincuenta años en la lucha contra el régimen monárquico y se verá cuál ha sido el espantoso precio de la República. En una guerra puede producirse la victoria de uno de los contendientes por la defección, en un momento dado, de los ejércitos del otro. Pero este acto final y episódico no puede caracterizar toda la contienda y anular inmediatamente los objetivos con los cuales se inició y se sostuvo la lucha.

Este es el caso de la revolución española. La monarquía se derrumbó en el último instante por la deserción repentina y casi patológica de todas sus huestes. La acción bélica del republicanismo tuvo la eficacia de provocar la deserción definitiva en las filas adversarias. Así, las elecciones del 12 de abril sólo fueron un episodio de la lucha y no pueden de ninguna manera desvirtuarla y modificar su finalidad. Las elecciones del 12 de abril arrojaron del trono y de España a don Alfonso de Borbón. Pero la revolución no se hizo exclusivamente para derrocar a don Alfonso y darle al régimen representado por él unos cuantos tintes liberales. Si estas hubiesen sido las aspiraciones de la revolución, ni hubiera logrado congregarse en sus filas a una muchedumbre tan caudalosa, ni habría costado tantas víctimas, ni hubiera sido necesario hacerla. Cuantas reivindicaciones se fundamentan en el acto electoral del 12 de abril, ateniéndose sólo al estricto carácter político de éste, podrían haberse logrado dentro de la monarquía con un simple cambio de Gobierno.

La revolución se hizo para modificar totalmente el sistema de convivencia social en España; para transformar—darle forma nueva—la convivencia social española. Este propósito supone, como fundamento inevitable e inmediato, la anulación radical de los modos y las fuerzas características del antiguo sistema. La República implica, de este modo, la supresión definitiva de unas fuerzas y la ascensión de unas fuerzas nuevas. Puede haber disparidad y beligerancia políticas entre las fuerzas nuevas. Pero no puede haber, sin com-

prometer seriamente las conquistas revolucionarias, diálogo, participación entre éstas y las antiguas. Entre los monárquicos y los republicanos sólo puede continuar la guerra con todas sus consecuencias. Es decir: una guerra con todas las circunstancias favorables a los republicanos creadas por el triunfo del 12 de abril. Con todo el ejercicio del Poder en favor de los triunfadores y todos sus rigores en contra de los vencidos.

Pero la política republicana ha cometido el error de permitir a las fuerzas derrotadas una categoría republicana. Los grupos y asociaciones monárquicos continúan actuando dentro de la República como podrían haber actuado en la oposición monárquica. El señor Ventosa ha criticado la política económica de la República, como habría podido criticar la de otro Gobierno de la monarquía; los tradicionalistas se han apoderado a tiros de las calles de Bilbao con la violencia y la impunidad de quienes disfrutaban la totalidad del Poder y se lanzan a destruir a sus enemigos. Nueve meses después del advenimiento de la República, los grupos más negros de la monarquía se lanzan, en nombre de ésta, contra el Gobierno y las muchedumbres republicanas y los acribillan con sus críticas y con sus disparos. La Prensa reaccionaria adopta idéntica actitud. El volumen de la ofensiva monárquica adquiere de esta manera mayores proporciones cada día y, consecuentemente, disminuye la potencia y la autoridad políticas de la República.

Ahora, por esto, ha llegado la oportunidad de plantear con toda su crudeza el problema político de la República: el de la división de sus fuerzas. Esas denominaciones de derecha e izquierda son demasiado capciosas para seguir manteniéndolas. Al amparo de ellas se han reorganizado las fuerzas antirrepublicanas y al mismo amparo se preparan para el asalto contra el régimen. Nadie puede pretender la unanimidad doctrinaria de las fuerzas políticas incluso en la República, mucho menos cuando las aspiraciones creadoras del nuevo régimen chocan en discrepancias fundamentales. Pero hay una diferencia tajante entre quienes conquistaron juntos un punto de avance el 12 de abril y quienes se esfuerzan por reconquistar las posiciones perdidas. Hacer del 12 de abril el "hito" divisorio de las fuerzas políticas es el mejor modo de sostener la República. En cambio, seguir sosteniendo el equívoco de las derechas e izquierdas, catalogando en aquéllas a los enemigos del régimen, es minar el cimiento republicano. Dentro de la República, las únicas derechas posibles, las únicas compatibles con el régimen, son las adscritas a él explícita y terminantemente. Las otras, las empeñadas en destruirlo, las implícita o explícitamente monárquicas y feudales, no pueden ser ni derechas ni izquierdas. Sólo pueden ser y son enemigos comunes, enemigos irreconciliables, a los cuales es necesario, con necesidad vital, reducir lo más pronto posible a la impotencia. Si se ha cometido el error de permitirles reorganizarse, crecer y atrincherarse, los últimos acontecimientos indican la urgencia de rectificar y tomar en serio, con la seriedad de las responsabilidades históricas, la existencia de la República. Las contemplaciones, los coqueteos con el adversario, las debilidades y los sentimentalismos sólo consiguen aumentar el peligro y propiciar el triunfo, más tarde o más pronto, de los derrotados en abril.

César FALCON

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

MADRID

SAN IGNACIO DE LOYOLA Y SAN GINER DE LOS RÍOS

HE aquí otro sábado memorable y aun histórico. En el anterior a este último a que aquí se alude, compareció el señor Ventosa en Madrid a presentar batalla a la República. Dió origen, como todo el mundo sabe—el mundo mínimo envenenado de politiquería profesional—, a la escaramucilla del Círculo de la Unión Mercantil. Aquello pasó realmente sin pena ni gloria (sin pena para el régimen y sin gloria para el conferenciante). Hemos vivido una semana más. Y al cumplirse este breve plazo, el ministro de Justicia dice a “los informadores” que al día siguiente—domingo: fiesta de precepto—ha de aparecer en la “Gaceta” el Decreto de disolución de la Compañía de Jesús.

No se ha perdido, pues, esta semana.

En realidad, todos esperábamos que la promulgación del Decreto produjese un júbilo mayor del que ha producido. Los periódicos de la mañana siguiente no dieron a esta realidad vuelo alguno. Publicaron una fría información, reprodujeron algunos el Decreto, y nada más. De seguro que los ministros no están satisfechos de tal actitud.

En definitiva, la satisfacción de los ministros es lo que menos importa. Lo que verdaderamente importa es la satisfacción del pueblo. Y de seguro que la siente. En el fondo, el pueblo no sabe porqué era necesario expulsar de España a los secuaces de San Ignacio de Loyola. Pero es que en el pueblo las intuiciones valen tanto como los razonamientos. Justamente en esta evidencia reside uno de los testimonios de su soberanía. El pueblo está siempre colocado sobre la realidad demostrable. Por eso ha llegado, merced a su propia fuerza oculta, a la restauración de su verdadera significación primitiva. Es decir, a ser cauce y corriente. O lo que es lo mismo, voluntad unánime. De hoy más, y suceda lo que suceda, podemos estar seguros de que no ha de volver a ser instrumento en servidumbre. Se entregará libremente a quien le pueda servir. Pero nunca volverá a ofrecer sus puños a unos grillétes, ni a despojar sus espaldas para regocijo de los látigos.

La llamada Compañía de Jesús fué en España hasta el mismo sábado último, no el yermo místico en cuya órbita se atraen unos iluminados con clara fe en la eficacia de la oración y de la penitencia para ganar los caminos del Cielo, en el que gobierna a los inmortales en bienaventuranza la Santísima Trinidad. No. La Compañía de Jesús fué una organización encargada de la regencia de unos Colegios para los ricos, y de unos talleres de aprendices para los pobres; en los primeros de los cuales se enseñaba a los hijos de los capitalistas a ser amos, y en los segundos, a los de los pobres, la resignación.

Esta es la verdad. Esta es la única verdad. Esta es la verdad inédita y la más terrible. Desde el principio de la República se viene invocando, en defensa de los Jesuitas, su labor docente. Pues bien, en el fondo de esta labor no había sino una potente fuerza conservadora de la ordenación capitalista. Lo menos importante para los sombríos ensotados de Loyola es que los obreros que asistían a su famosa Escuela Industrial de Madrid aprendiesen un oficio. Lo que importaba era que, al propio tiempo que lo aprendían, se convenciesen de la necesidad de una sumisión, sin término y sin condiciones, a los hijos de los ricos que educaban en Deusto, en Chamartín y en otros viveros semejantes.

Con todo ello quiere decirse que la Compañía llamada de Jesús no fué sino el medio más eficaz de que dispuso el régimen capitalista para la preparación de la seguridad de su porvenir. La Revolución es el testimonio de la ineficacia de

tales esfuerzos. Es decir, el principio del renacimiento popular, vencedor de todas las argucias de los capitalistas, para los que la Compañía de Jesús fué un órgano a su servicio, con derivaciones hipotéticas más allá de este mundo.

¿Pero ha terminado todo esto con la destrucción de la Compañía de Jesús? No. No ha terminado. Hace mucho tiempo que frente a los discípulos de San Ignacio de Loyola se alzan los de otro hombre magnífico y también español. Este hombre se llamaba en vida don Francisco Giner de los Ríos. La Comunidad tiene también un nombre rotundo y tradicionalmente ilustre. Este: Institución Libre de Enseñanza.

Pues bien, la Institución Libre de Enseñanza no es, en el fondo, otra cosa que un jesuitismo laico. Es decir, que entre la Institución y el jesuitismo se distribuyó, hace muchos años, la dirección y el rumbo de España. Los españoles que no se hayan educado en un Colegio de Jesuitas o en la Institución Libre de Enseñanza pueden ahorrarse el esfuerzo de cualquier aspiración legítima. En ningún sitio de España la hay para ellos.

Y así como la monarquía fué constantemente afecta a San Ignacio de Loyola, lo es la República a Giner de los Ríos. He aquí porque hubo de intentarse sin éxito elegir presidente a don Francisco de Cossío, hombre respetable sin duda, pero cuya actuación nacional no es que la ignoren los españoles, sino que no existe. ¡Ah! ¡Pero don Francisco de Cossío es uno de los santos laicos que canonizó la Institución Libre de Enseñanza! He aquí su título. En esto se dió un fenómeno realmente inexplicable. La propia República opuso al nombre de don Francisco de Cossío el del actual Presidente, sin duda afecto a la Compañía de Loyola. El triunfo de éste parecía significar la expresión de un acuerdo entre los dos poderosos organismos. No obstante, el actual Decreto parece contradecir esa hipótesis. Allá veremos...

Jesuitismo significa lo mismo que aristocracia. Institución Libre significa lo mismo que burguesía. De momento, el triunfo parece de ésta. Han dejado de gobernar los Jesuitas y han comenzado a gobernar los institucionistas. Pero al pueblo se le excluye por los unos y por los otros. No importa. Ya queda dicho que se ha empezado a recobrar a sus esencias de corriente y de cauce. Nadie será osado de oponerle un dique. Porque entonces se desbordará para transformarse en torrente.

Para nuestra propia tranquilidad es bueno que nos vengamos habituando a las hipótesis más aventuradas. Después de todo, cada una de ellas no es sino un producto del ritmo del tiempo.

¿A quién hubiera podido ocurrírsele que fuera España capaz de pedir, y de manera imperiosa, la expulsión de esos tétricos ensotados unidos, por los vínculos de una conjura permanente, al capitalismo nacional? De seguro que a nadie. Y, no obstante, he aquí llegado el momento de su fin. La cuestión es saber aprovechar cada fin de un mal como principio de un bien. Este es nuestro problema.

Ceferino R. AVECILLA

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE “LA CALLE”,
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

28 ENERO 1928

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Anécdotas de su vida

HACE cuatro años dejaba de existir en su villa «Fontana Rosa» el gran autor de «El Intruso». La noticia de su muerte cayó en España como una bomba. Fué algo terrible por lo inesperado y por lo que semejante pérdida representaba para los compatriotas que le querían y sabían lo mucho que valía, máxime en las horas difíciles porque pasaba España en aquel entonces. El insigne novelista, el más universalizado de nuestros literatos contemporáneos, que desde las páginas admirables de «La barraca» hasta las de sus últimos libros había realizado una labor titánica por el ensalzamiento de las Letras hispanas, había fallecido. Y estas dos palabras, concisas, patéticas, fueron repetidas por las gentes de un modo extraño, como resistiéndose a creer en tamaña crueldad del destino para con el Maestro. Y el pueblo, a medida que el tiempo iba ensanchando las distancias y desdibujando el recuerdo, se daba más perfecta cuenta de la irreparable pérdida que había sufrido.

Este cuarto aniversario, erigida España ya en República, en favor de cuya implantación tanto había luchado Blasco Ibáñez toda su vida, queremos dar a conocer a los lectores de LA CALLE algunas anécdotas de la vida intensísima del gran artista valenciano, el cual aparece en algunas de ellas en facetas de su existencia muy poco conocidas.

DISTRACCION, OLVIDO DE LO PRETERITO

Blasco Ibáñez se hallaba en Buenos Aires presenciando la representación de una comedia lírica sacada de «Cañas y barro». Muy intrigado por uno de los personajes secundarios, el maestro manifestó una viva sorpresa ante los amigos que le rodeaban. «—¿Cómo—exclamó—he omitido esa creación? Esa es una figura que debiera resultar también en mi libro! Al oír lo cual alguien se apresuró a rectificar que el personaje en cuestión figuraba con todos sus detalles en «Cañas y barro». Denegaciones enérgicas de Blasco Ibáñez. Repetición de los demás, escandalizados. Finalmente, se le pro-

puso una apuesta que el maestro, seguro de ganar, aceptó con entusiasmo. Fueron a buscar un ejemplar de la novela y, naturalmente, el personaje en litigio figuraba en ella. Otra vez—era en Méjico—Blasco Ibáñez leía una obra que trataba de los edificios religiosos de aquel país y en la que

ella con profundo estupor la mención de que el pasaje relativo a San Francisco de Asís era un extracto del volumen de Blasco Ibáñez «En el país del Arte».

NOVELISTA NATO

En una carta a un amigo suyo decía Blasco Ibáñez el



Blasco Ibáñez en su época de estudiante

no sabemos cómo, a propósito de las cofradías monacales, había un capítulo relativo a San Francisco de Asís. «He ahí—pensó Blasco Ibáñez—casas que yo diría si en alguna ocasión me ocurriera escribir sobre el místico de Umbría. Es en verdad extraordinario que tenga una conformidad tal de ideas con este autor. Pero el caso es que debo de haber leído ya ésto en alguna parte». Continuó su lectura, y llegado que hubo a las últimas páginas del libro, encontró en

año 1918: «Yo escribo novelas, porque esto es en mí una necesidad. Tal vez he nacido para ello, y cuanto haga para librarme de esta servidumbre será inútil. Hay algunos que escriben novelas porque otras las escribieron antes. De nacer yo en un país salvaje, sin libros, sin escritura, tengo la certeza de que caminaría jornadas enteras para ir a contarle a otro hombre las historias que se me ocurriese imaginar en mi soledad y que él a su vez me contase las suyas.

Cada vez que termino una novela lanzo un bufido de des canso y desahogo, como si saliera de una operación dolorosa.

VICTOR HUGO

Uno de los prestigios literatos que más admiró Blasco Ibáñez fué el autor de «Les Travaillleurs de la Mer». En sus gabinetes de trabajo nunca faltaba un busto del gran anciano y, esparcidos por los muebles y paredes, retratos, autógrafos y recuerdos que Blasco Ibáñez se había traído de París. Era tan manifiesto el culto que éste sentía por el gran poeta francés, y tan ostensible aparecía al visitar a Blasco en su casa, que un amigo suyo hubo de decir un día: «Parece que ésta sea la casa de Víctor Hugo y Blasco Ibáñez su huésped».

«TODO LO QUE SE LEE...»

En la época en que su calidad de agitador político atraía sobre él las iras gubernamentales, Blasco fué desterrado a una pequeña ciudad de España, antiguo obispado donde toda vida intelectual se concentraba en el palacio del prelado. El proscrito comenzó por devorar cuantos libros pudo hallar en aquel pueblo. Cuando todo estuvo agotado, y como su situación no le permitiese desembolsos, cayó sobre la única biblioteca restante: vidas de santos y tratados de teología, que conservaban religiosamente viejas devotas, quienes tenían de canónigos difuntos, amigos suyos de antaño. Pero un día descubrió, por milagro, que una de estas mujeres poseía en su morada una gran biblioteca de obras profanas. Era la viuda de un general de ingenieros. La excelente dama se persignó cuando oyó al joven rogarle que le autorizara para leerse, volumen por volumen, su librería: «¡Pero si son cosas de militares!», alegaba escandalizada. Fué inútil. Blasco se sobrepuso a la ignorante recelosa, y en el transcurso de seis meses se encarnizó con Montecuccoli, Jomini y análogos teorizantes del arte de la guerra, tanto antiguos como modernos. Pero tenía el eforismo favorito de que «todo lo que se lee sirve alguna vez en la vida». Y en verdad que

aquellas lecturas militares le sirvieron una vez por lo menos. Fué en Francia, durante la Gran Guerra, visitando el frente. Estaba convidado a comer con varios generales, y hallándose a su mesa, el azar de la conversación le llevó a mencionar las doctrinas con que se había familiarizado hacía 28 años. «¿Cómo diablo ha aprendido usted todo eso?», le preguntó, atónito, uno de los comensales, quien no podía comprender que, un novelista supiera tanto como él acerca de un capítulo vedado, no sólo a un simple profano, sino incluso a quienquiera que no fuese un militar diplomado. Y Blasco contó entonces la historia de la biblioteca de la viuda del general de ingenieros.

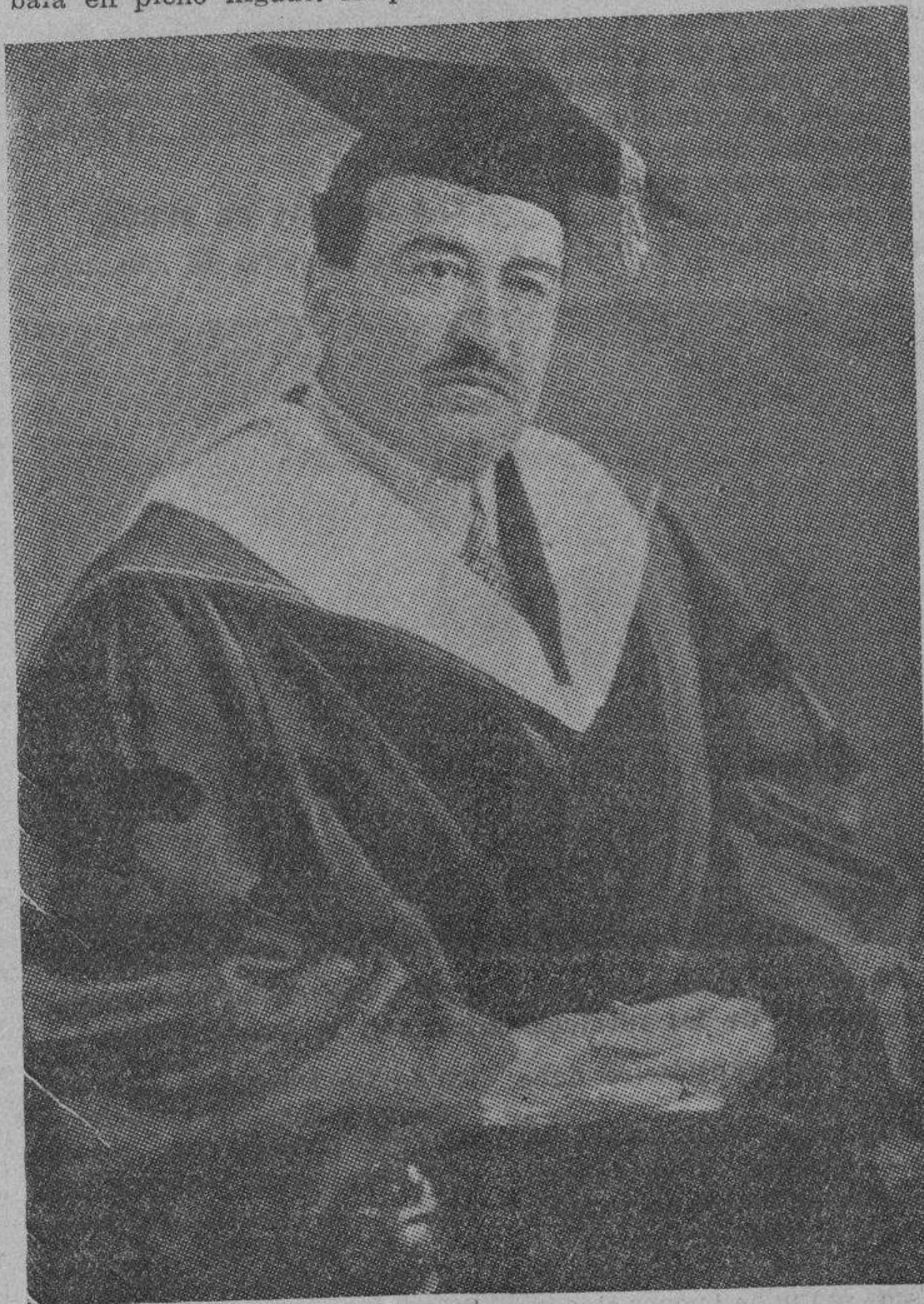
LANCES DE HONOR

Blasco Ibáñez se batió varias veces. Su arrojo no tenía límites cuando se trataba de demostrar a alguien que no le tenía miedo. Así fué como le hirieron de consideración al elegir él en un duelo el arma que manejaba mejor el adversario.

Una tarde en que había habido en la Cámara una de esas tempestades inútiles que la agitan periódicamente, los diputados republicanos fueron objeto de una manifestación popular entusiasta a su salida del edificio. Como siempre, en semejante circunstancia, la policía madrileña intervino con una brutalidad inusitada, dispersando a sablazos a los manifestantes. En este tumulto Blasco tuvo un altercado bastante vivo con un teniente de Seguridad. Al día siguiente, en la interpelación que dirigió al Gobierno, trató a su adversario de un modo en extremo duro. No fué preciso más para que todos los oficiales del Cuerpo de policía, considerándose ofendidos, exigieran a su compañero que pidiese al ofensor la inmediata reparación por las armas. Vanos fueron todas las amenazas del Presidente de la Cámara y todos los ruegos para impedir que la cosa siguiera adelante. Se hacía preciso que el teniente se batiera o que fuera eliminado en seguida de entre los de su profesión. ¿Para qué existía, si no, el código del honor militar? Una comisión de oficiales fué en busca de Blasco y, apelando a su humanitarismo, le pidió que aceptara el reto de su camarada, pues, de no batirse, éste perdería el empleo. El tribuno se dejó conmovir y aceptó el reto «por bondad». Se batieron a la americana, colocándose los ad-

versarios a veinte pasos con facultad de hacer fuego a voluntad durante treinta segundos. A la orden de «¡fuego!», como dispusiera de medio minuto para apuntar y disparar, dejó tranquilamente a su adversario hacer uso de su arma, pensando que la suya le bastaría para tirar al aire luego. Pero el teniente, por su parte, apuntó con lentitud y, seguro de su tino, envió el diputado una bala en pleno hígado. El pro-

da apareció la explicación del prodigio. El diputado llevaba un ligero cinturón, que había conservado por descuido, y cuya pequeña hebilla de metal, al recibir el choque de la bala, había penetrado en la carne donde se había incrustado y torcido. Y, cuenta Zamacois, que al ir uno de los padrinos del oficial, precisamente el que había escogido las bárbaras condiciones del lance, a felicitar a Blasco Ibáñez por su



Blasco Ibáñez, con traje de doctor en Letras, después de haber recibido este título "Honoris Causa" de la Universidad "Jorge Washington", de Washington

yectil acertó tan bien, que Blasco, vacilando sobre sus piernas, faltándole la respiración, al mismo tiempo que, por un movimiento reflejo, aplicaba ambas manos a la parte atacada. Pero—¡Oh, milagro de cualquier virgen propicia!—no tardó en convencerse de que estaba sano y salvo. En segui-

uerte, le dijo: «...celebro que esto haya terminado así, pues le advierto que soy un admirador de usted y que he leído todas sus novelas. Me gustan mucho, ¡mucho!» A lo que Blasco Ibáñez repuso sencillamente: «Pues ha estado usted a punto de acabar con la fábrica.»

UN «RECORD»

Blasco Ibáñez fué invitado, como es sabido, por los centros culturales de Buenos Aires para dar varias conferencias por la República Argentina. A partir de sus primeras peroraciones tuvo un éxito enorme, los teatros se llenaban solamente para oírle. Un domingo dió, a instancias de diversas agrupaciones, una conferencia suplementaria a una muchedumbre de ocho mil empleados, comerciantes y obreros acomodados, gentes de la clase media, demasiado ocupadas entre semana para ir a oírle, que deseaban, sin embargo, saborear por lo menos una vez la elocuencia del novelista. Cuando estuvo calmada la calurosa ovación que saludó al orador, éste—a guisa de exordio—y solo en un escenario inmenso donde a diario se representaban óperas a toda orquesta, declaró, que, puesto que su auditorio había sacrificado una tarde en honor suyo, quería que no saliese defraudado y aspiraba a entretenerlo hasta la noche. Blasco mantuvo su palabra. Durante tres horas y media desarrolló sugestivos temas que entusiasmaron al público. Pero si hablar durante tres horas y media ya constituye un «record» hacerlo con una voz estentórea que llegue hasta los últimos rincones del coliseo ¿no es, en verdad, mucho más meritorio? No hay para qué decir que aquella misma noche Blasco había perdido el uso de la palabra y que creyó en serio que no la recobraría más. Al salir de la sala le habían sorprendido los abrazos particularmente ardorosos de su empresario. Chorreando sudor y agotado, para cortar tan estemporánea manifestación le hizo esta pregunta brutal: «¿Está usted contento de la entrada?» El empresario le declaró que le era deudor de una suma de pesos equivalente a catorce mil quinientas pesetas. La casualidad quiso que, cuando regresaba a España, se encontrase Blasco en Montevideo con el célebre torero Antonio Fuentes, quien se pretende que le sirvió de modelo para crear su personaje Juan Gallardo, de «Sangre y Arena». El torero ganaba por corrida diez mil pesetas, y Blasco, con cierto orgullo irónico, le hizo saber que él, en una tarde, había ganado catorce mil quinientas. «Ya era hora—dijo—de que un escritor español ganase más que un torero.»

Joaquín BEJAR

Barcelona, enero 1932.

**Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio**

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUNA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

NOTAS DE UN MIRON

CUATRO DIAS EN LA CUENCA DEL LLOBREGAT, DURANTE LA ABORTADA HUELGA REVOLUCIONARIA

MANRESA, CUARTEL GENERAL

EL aspecto de Manresa, el jueves a las diez y media de la noche, cuando llegamos, era verdaderamente desolador. Más que dormida, parece una ciudad muerta. Unicos viajeros que hemos descendido en la estación; nuestras pisadas resuenan en las calles adoquinadas como en el claustro de un monasterio. La figura silenciosa y arropada de un sereno, nos indica la dirección de la Plaza de la República. Aquí cambia por completo el panorama. Una compañía de soldados del regimiento de Lérida, está preparándose para marchar a Suria.

Con los grupos de soldados se mezclan números de la Guardia Civil, Carabineros y algún paisano. En las Casas Consistoriales, oficiales y jefes del Ejército, van y vienen de sala en sala. Al general Molero, que ha llegado unas horas antes, se le ha dispuesto una habitación y cedido el despacho del señor alcalde. Un soldado sube para afeitarse.

El teléfono del Ayuntamiento comunica las más diversas e inconcretas noticias. No hay manera de saber lo que realmente ocurre en la comarca. Se habla de puentes minados, de tiroteos y de banderas rojas.

Se espera la llegada del regimiento número 25, de guarnición en Gerona. Es el que ha de salir para Figols, Berga y Suria.

Manresa es el Cuartel General de las tropas del Gobierno.

SALLENT Y SU ALCALDE

Hace cuatro horas que han salido los regimientos, y nosotros, en auto, recorreremos la misma carretera.

Sallent es el primer pueblo que encontramos. Los rebeldes habían roto, el día anterior, los ralles de la línea del Norte y apoderado de doce cajas de dinamita en el polvorín de las minas potásicas.

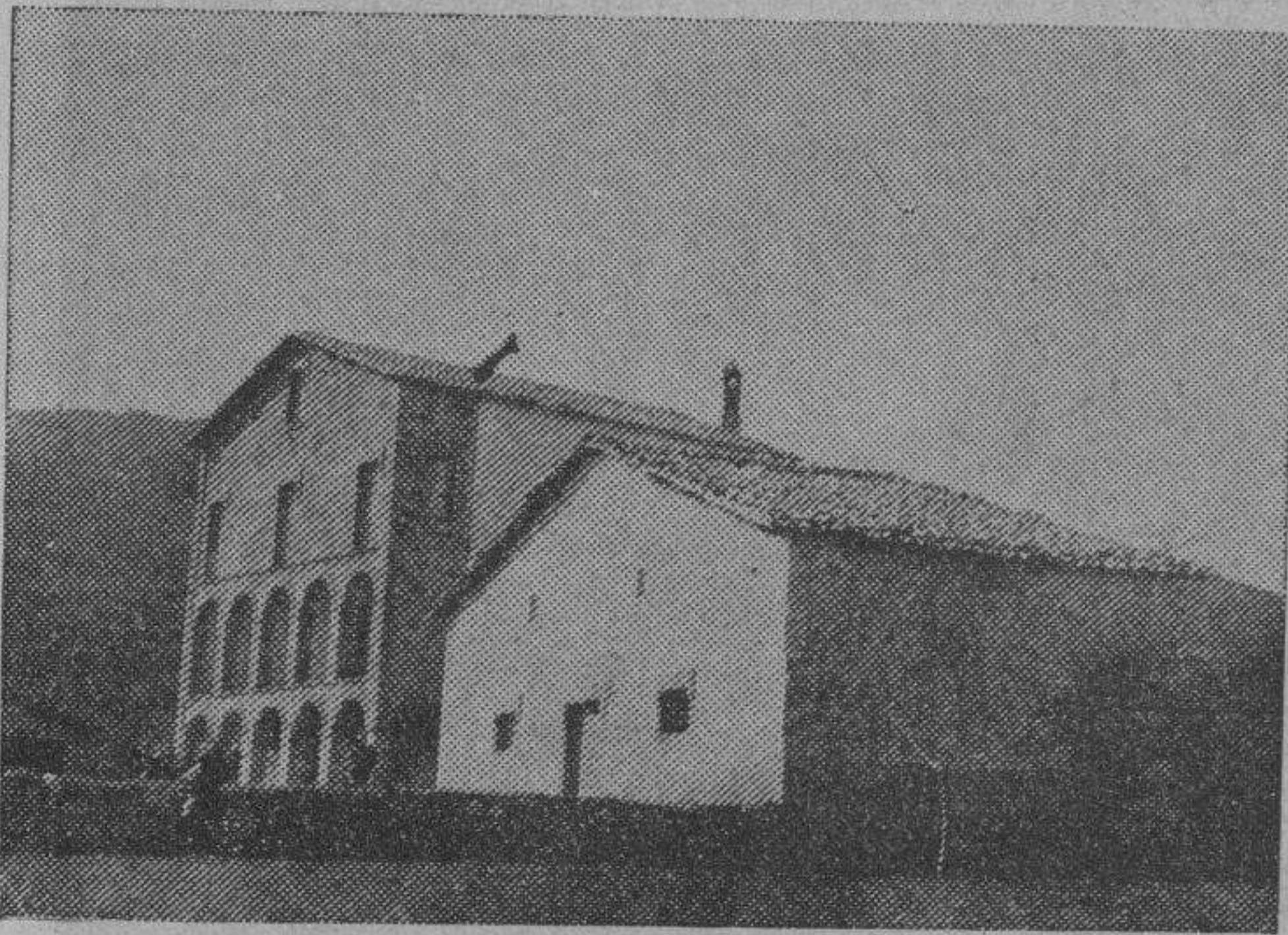
—Yo mismo les tuve que entregar las herramientas para destruir la vía—nos dice el jefe de estación—. Me pusieron un fusil en el pecho. Luego fui a pedir auxilio al alcalde, pero me dijo que sólo disponía de dos Mozos de Escuadra,

En el pueblo mantiene el orden una compañía de fusileros granaderos. En la Casa de la Villa, junto a un brasero, se calienta las manos un hombre. Nos dice que es el teniente alcalde, y nos cuenta algo; pero en esto, otro hombre de aspecto saludable y traje de

guiese mandando yo, y aceptaron. El capitán les ha dado tiempo hasta las seis de la tarde para devolver las armas. Ya verán como no se lo hacen repetir...

LAS BOMBAS DE BERGA

Cinco hombres se han man-



En "Quer", la casona de San Cornelio, convertida en "cuartel general" de los revolucionarios, con la bandera roja

pana, se acerca a nosotros dando casi voces:

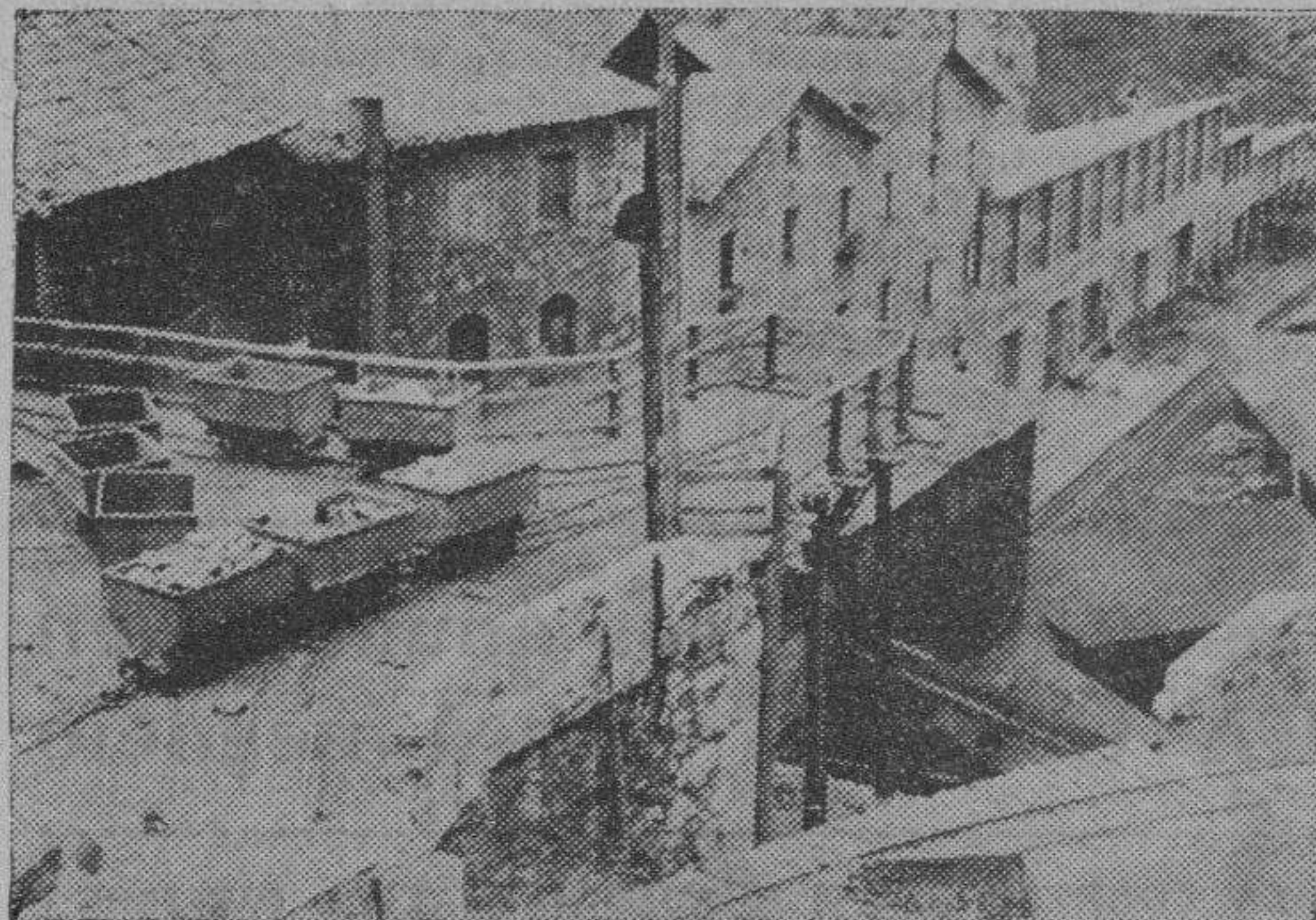
No le hagan caso a éste. Yo soy el alcalde. Y si quieren enterarse de lo que ha pasado, yo se lo contaré a ustedes:

—Nada. Los que armaron la gresca, son unos buenos chicos. Querían que les entregase la Alcaldía; pero les convencí de que lo más justo era que si-

tenido sin entregarse doce horas en un caserón, al extremo de unos porches. Los que se acercaban, eran recibidos con bombas de mano, arrojadas por una ventanuca.

Ante las ametralladoras del Ejército, se entregaron.

Las armas y artefactos están custodiados ahora por un centinela. Son un verdadero ar-



La factoría minera de Figols. Reducto principal de los revolucionarios

senal. Hay una bomba sobre una mesa, que movemos con dificultad, dos más chicas y una porción fabricadas con latas de conservas.

Los hombres del pueblo muestran cierta indignación ante los acontecimientos que, dicen no esperaban. Las muchachas se dejan requiebrar por la tropa en la plaza del pueblo, donde luce un hermoso sol de mediodía.

—No saldrán para Figols hasta mañana—dice un oficial.

Llevan dos noches sin dormir, pues la pasada hemos dado, para llegar a Berga, un rodeo de noventa kilómetros en camión, porque existía la duda de si estaría el puente minado...

COLONIAS FABRILES

Desde Berga a Figols, las colonias fabriles se suceden una tras otra. En cada kilómetro de carretera hay un mojón que es una colonia. Un camino vecinal las une a la carretera. En el cruce, torcaban el sol el viernes, grupos de obreros.

—¿Piensan ustedes trabajar mañana?—hemos preguntado a un hombre joven, que parecía más despierto.

—No sé. ¡Como decían que se había proclamado el soviét!

—¿Y ustedes lo creyeron?

—¡Claro!

—¿Pero es que no saben que en España existen un Gobierno y un régimen constituidos que han aceptado y defienden la inmensa mayoría de los españoles. Y que este Gobierno está dispuesto a mantener el orden, y que cuenta con un Ejército y con un poder...?

—De todas maneras, mientras no se acabe lo de Figols...

FIGOLS

Es una colonia enclavada en la vertiente de un cerro de mil quinientos metros. En la cuspide tiene una harriada que se llama San Cornelio, como la montaña.

Allí estuvieron los revoltosos —en la cumbre— desde el martes al sábado. El cabecilla—que huyó el jueves—era un asturiano cojo, que se llamaba Prieto. Un hombre de mediana edad, bajo y gordo.

Una acertada maniobra militar, dirigida por el teniente coronel don Francisco Cama-

PRISIONERO DE LOS REVOLUCIONARIOS

YA nos había dicho Francisco Sisó, el dependiente del Economato, cuando hablamos con él la tarde anterior, que Canals, el reportero gráfico había pasado unas horas en poder de los revoltosos, el miércoles, recién iniciado el movimiento, y cuando éstos se creían dueños y señores de la montaña y de la situación. Con su máquina él y con el lápiz nosotros, recorrimos la agitada comarca, sin que hasta ahora hubiéramos coincidido en un mismo lugar. Por fin, en lo más alto de la montaña de San Cornelio y cuando la tropa ha logrado ya dominar la revuelta, encontramos al fotógrafo, que departe amigablemente con los soldados y las mujeres del poblado. Nos queda poco que hacer allí. Tan poco que determinamos iniciar el descenso hasta la carretera. Para no dar un rodeo de diez kilómetros, optamos descender por el plano —tiene una inclinación de treinta grados— y por él se transporta en cremallera, el mineral, con unas vagonetas.

El descenso es penoso y muy lento. Tardamos en recorrer los 1.500 metros, una hora aproximadamente, según Casals, que en otra ocasión, tres días antes, hizo el mismo camino. Bajamos lentamente y con todo género de precauciones para no resbalar. El fotógrafo ameniza el descenso contándonos su epopeya del miércoles. Es un hombre menudo, nervioso, habla con agilidad, en un castellano pintoresco.

—Cuando se declaró la revuelta en esta comarca —empieza— donde la tranquilidad es siempre absoluta, comprendí que se me había presentado una buena ocasión para enviar a los periódicos de Barcelona y Madrid, de los que soy corresponsal en Manresa, una buena información gráfica.

Cargué con la máquina y me vine a Figols. La gente del pueblo me aconsejaba que no subiese al monte, como era mi

propósito, pero no les hice caso. Un buen reporter debe saber jugarse la vida. ¿Verdad?

Le contestamos muy en serio, que desde luego, y continúa:

—Comence a subir esta rampa que ahora bajamos, y le aseguro a usted que no sentía

rrales. Me preguntan quién soy, y me quitan la máquina violentamente.

—¿Y usted qué hizo entonces?

—Advertirles que la máquina me había costado mil doscientas pesetas. La mitad de ellos estaban bebidos, y como lle-

de hora y media de marcha, a la factoría en que habían dispuesto el Cuartel General.

Entramos en una habitación de proporciones vastas. Sentados alrededor de una mesa y con unas botellas de vino, encontré a los cabecillas del movimiento. El que actuaba de jefe o presidente, sentado con aire de suficiencia, comenzó a interrogarme. Le conté a lo que iba, les dije que yo era un trabajador como ellos y aquél mi medio de vida. No conocía a ninguno de los cinco allí reunidos, pero como sabía que Prieto, el asturiano, era cojo, le reconocí. Estaba sentado a mi lado. Es un individuo bastante simpático.

Comenzaron a pedirme noticias de lo que se contaba en Berga y en Manresa, y de lo que ocurría en la comarca. Estuve por darles consejos, pero no me decidí. Me pidieron palabra de no tomar ninguna fotografía, y al dársela, comenzaron a tratarme como a un amigo. Me obligaron a comer y beber con ellos. Un arroz que, la verdad, no estaba mal guisado, y un vino muy aceptable. Después del refrigerio me comunicaron que era muy libre de marcharme. Estrecharon la mano uno a uno y custodiado por los mismos que me prendieron, fui acompañado con todas las formalidades hasta el mismo sitio donde me dieran el alto. Despidiéronse de mí tan afectuosamente como sus jefes, y me desearon un feliz viaje hasta Manresa. Esto es todo.

—¿No hablaron de la huelga, ni le contaron nada de sus propósitos?

—En absoluto.

Llegamos al principio del primer plano, el mismo sitio donde Casals halló a los centinelas de los rebeldes. Como no puede actuar nuestro compañero de operador y retratado al mismo tiempo, hemos de aguardar nuestra llegada al pueblo para fotografiarnos juntos.

G. SANCHEZ-BOXA



Casals, el reporter gráfico de Manresa, cuenta a nuestro colaborador cómo fué detenido por los revolucionarios de Figols

miedo alguno. No se veía en toda la montaña absolutamente a nadie. Cada vez más confiado, iba ganando altura. En esto, y apenas llegué al final del primer plano, nueve hombres armados con carabinas y cuchillos, me dan el alto, saciéndome detrás de unos mato-

vaban fusiles, a pesar de que su actitud no era muy temible sentí un ligero temblor en las piernas.

Vamos a llevarlo ante el Comité, y allí se explicará. Dijeron, y entre cuatro, por unas veredas que ellos solos conocían, me condujeron, después

rasa, logró, sin un tiro, terminar la algarada. La bandera roja había ondeado seis días en la cumbre de Figols. Allí había un economato y tenían armas.

De haber querido hacerse fuertes los revoltosos, San Cornelio hubiera sido inasequible para las tropas. Fué preso todo el pueblo.

En el interrogatorio, cuando aparecían ante el teniente co-

ronel, uno a uno, estudiábamos el más perfecto curso de etnografía regional española. Sus mujeres les animaron al principio, pero luego pasaban el día llorando. En el rebaño que había en la cerralada—huídos los cabecillas—quedaban sólo obreros de la República española.

Todo terminado. Cuando regresábamos de San Cornelio, monte abajo, por la rampa del

funicular, encontrábamos mujeres, niños, ancianos. Regresaban. Volvían a unirse a sus hombres, a sus padres, a sus hijos.

TRABAJO Y VIDA

La carretera, que durante dos días hemos recorrido incesantemente, se desliza por última vez, bajo la ruedas del auto. En las colonias se ha vuelto al trabajo y en Berga y en Sa-

llent. Las chimeneas de las fábricas humean. En las afueras de Manresa un hombre y una mujer pasean del brazo, entre las sombras. En la ciudad, la gente que espera el domingo, contempla los escaparates de los comercios. Un timbre incesante, en la puerta de un cine llama a los vecinos. En el Ayuntamiento ondea la bandera republicana.

GRACIAN

**HABLANDO
CON EL
XERIF
JALID BEN
AHMED**



Nuestro colaborador Miguel Utrillo jr. hablando con el xerif Jalid Ben Ahmed el Raisuni-

الحمد لله وحده
 بعد وصولي الى مدريد بالبرقية انصت
 في كل انقلبيم لسلامة جريته بسلامة
 كما في برقية مني في كل انقلبيم

Traducción del autógrafo de Jalid Ben Ahmed el Raisuni
 «A mi llegada a Madrid, saludo con todo afecto al periódico «LA CALLE», de Barcelona»



Don Jaime Artigas, don Andrés Hurtado, el Raisuni, don F. Rubio Salado y nuestro Colaborador Utrillo jr. posando para LA CALLE

AL PASAR

HABLANDO CON EL XERIF JALID BEN AHMED, HIJO DEL CELEBRE RAISUNI

I

MADRID ha visto desfilar por sus calles castizas, en estos últimos días, a dos moros notables. El público ingenuo de esta hermosa ciudad una vez más se ha podido recrear con la contemplación de esas soberbias indumentarias marroquíes que siempre nos recuerdan, pese al medio ambiente, algo de aquella hermosa tierra llena de sol y de vida ahora, y hace años—cuando nosotros teníamos doce—llenas de amargura, muerte y rebelión perpetuas.

—¿Quiénes deben ser estos moros notables?

Esta era la pregunta que miles de madrileños se hacían y, con ellos, quien eso escribe. Hasta... que la Providencia—encarnada en mi particular amigo y excelente africanista don Jaime Artigas—me hizo conocer, en el "hall" de un elegante hotel matritense, "personalmente" a esos moros notables que mis ojos, algo cansados, habían visto desfilar por las calles castizas de la hoy, afortunadamente, ex corte...

Esos moros notables... Mejor, "ese" moro notable, pues el otro es un simple intérprete—me dice don Jaime Artigas—es nada menos que el Xerif Jalid Ben Ahmed el Raisuni, hijo de aquel gran amigo de España, que fué la pesadilla perpetua de Abd-el-Krim.

II

... Recuerdo perfectamente el rostro bonachón y barbudo del Raisuni al través de los periódicos ilustrados de entonces. Recuerdo perfectamente... que el buen escolapio de mi colegio me lo ponía como ejemplo, como si fuera algún santo. Recuerdo perfectamente también las noticias confusas que sobre su vida privada y pública los periódicos todos de aquella triste época publicaban... Y mientras el recuerdo se va perdiendo entre el rumoreo del público del "hall", don Jaime Artigas me presenta al hijo de aquel Raisuni legendario, a su propio hijo. Mohamed ben Mohamadi, ocupa un primer plano, plano que,

a veces, es superado o igualado por el inteligente abogado del hijo del Raisuni, don Andrés Hurtado, buen amigo y compañero nuestro.

—¿Objeto de su viaje?

—Verá usted. Hace más de cinco años que acariciaba la idea de conocer "personalmente" la nación por la causa de la cual peleé. He aprovechado la proclamación de la República y he venido por unos días. Además, vengo para dar las gracias al Gobierno de la República por la actividad que está demostrando para la restitución de mis bienes.

III

En efecto. El Xerif Jalid Ben Ahmed el Raisuni, al lado de su padre, prestó a España, entre otros servicios, el de la ocupación de Larache, Arcila y Alcázar, adelantándose a la ocupación francesa y sin que hubiera que disparar un solo tiro. Se resistió siempre a las proposiciones que descarada e insistentemente le hacía Abd-el-Krim para que se sumara a la rebelión. En Tagarut peleó a favor de España contra el rifero durante más de un año. El cabecilla rebelde, en vista de sus reiterados fracasos frente a la porfiada resistencia del Raisuni, envió sobre Tagarut más de 4.000 hombres. El Jalid luchó valientemente con sólo 300 adictos hasta que, herido de tres balazos, fué hecho prisionero y conducido al Rif, donde permaneció prisionero con toda

su familia hasta la total derrota del cabecilla rebelde por las tropas españolas. Entonces el Gobierno español, para evitar que le tomaran sus cuantiosos bienes, se incautó de ellos y desde entonces los administra.

—¿Qué impresión le ha causado nuestro país?

—Excelente. Magnífica. Nosotros tenemos que agradecer a España muchas, muchísimas cosas. España y nuestra tierra—como usted ya sabe—estaban y están íntimamente ligadas. Por eso, no es de extrañar mi entusiasmo al visitar Sevilla y Toledo. Créame, he sentido una honda impresión. No sé qué cosa me ha interesado más. Si el ambiente o los notables monumentos. El barrio de Santa Cruz, que me he deleitado recorriéndolo varias veces a la media luz del crepúsculo, me ha producido una impresión inenarrable... La plaza, por ejemplo, donde está la Cruz de Cerrajería, es un rincón magnífico, de una belleza insuperable. Tanto en Sevilla como en Toledo, he sentido por igual la emoción de lo árabe, y una vez más he podido admirar la enorme riqueza artística de España.

—Madrid, ¿qué impresión le ha causado?

—Más que excelente. Es mi primer contacto con una gran ciudad europea. Me admira por su progreso. Madrid es una capital que honra a España.

—¿La mayor emoción de su vida?

—Fué en la alcazaba de Touda, de la cábila de Beni-Iteft. Allí, al huir los rebeldes ante el empuje de las españolas en su avance victorioso del 26, esperaba yo la llegada de mis libertadores. Mi padre lo vi morir en poder de Abd-el-Krim y sentía una inmensa satisfacción por la victoria definitiva de las armas españolas. El general Castro Girona me dió, en nombre de la Nación española, un abrazo que no se me olvidará nunca. Esta fué la mayor emoción de mi vida.

—La República ¿cree usted que encauzará mejor la acción de España en Africa?

—Evidente. La paz allí es absoluta. Las persistentes perturbaciones de antaño quedaron abortadas ya. Allí, el único problema es el de la justicia. El pueblo, unánimemente, sólo desea dos cosas: la paz y la justicia. Al lado de eso, naturalmente, sólo resta fomentar la riqueza para que el pueblo evite la miseria trabajando.

La República allí fué acogida con una grandiosa y unánime alegría. Por eso creo que la labor de los hombres de la República allí será fácil, porque el pueblo está a su lado "enteramente".

Esto es lo que he podido sacar de unos minutos de conversación con el Xerif Ben Ahmed el Raisuni, gracias a la amabilidad del intérprete Mohamed ben Mohamadi y a la providencia de mi particular amigo el excelente africanista don Jaime Artigas.

Evidentemente que yo hubiera querido sacar más cosas. No fué posible. El Raisuni tenía que visitar a altas personalidades de la política nacional.

Mientras, el activísimo "Piortiz" saca unas placas, yo inicio el desfile, evoco otra vez el rostro bonachón y barbudo del Raisuni, de la misma manera que el público del Madrid callejero ha visto desfilar por sus calles castizas a dos moros notables, con esas soberbias indumentarias marroquíes... y de la misma manera, también, que la presencia al Raisuni, ha sido tan bien acogida...

..Miguel UTRILLO-jr.

Los últimos acontecimientos han sido para la República tan favorables como esas crisis de crecimiento que suelen sufrir los niños por exceso de salud.

De la pasada crisis ha salido la República más fuerte, más vigorizada y mas lozana de lo que estaba.

Y es que la terapéutica que se ha aplicado ha sido la que la dolencia exigía: serenidad y firmeza.

Aplíquense también el cuento todos: los de la extrema derecha y los de la extrema izquierda.

LA CALLE

tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas

CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118

FECHA: 16 DE ENERO 1919

CARLOS LIEBKNECHT Y ROSA LUXEMBURGO, LAS DOS VICTIMAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

DOS nombres que quedarán para siempre unidos a la revolución proletaria alemana. Dos nombres odiosos para la burguesía y el militarismo prusiano, pero con timbre de gloria para todos los trabajadores del mundo.

Fué al declararse la guerra de 1914 cuando se acentuó la enemiga de la clase capitalista contra ellos, porque, fieles a los fundamentos del socialismo revolucionario, levantaron bandera de combate contra la matanza imperialista y el chauvinismo de la socialdemocracia, que unida con los generales, clamaba por la defensa de la patria.

Con ellos estaban también, firmes en sus convicciones, marxistas Franz Mehring, Leo Jogiches y Clara Zetkin, los dos primeros, cinco años más tarde, pagaban con sus vidas el amor al socialismo en las heroicas jornadas de la revolución espartaquista.

Fué una revolución muerta en germen: la falta de un homogéneo cuadro dirigente, la carencia en la clase obrera de un programa y la inexperiencia en la guerra civil, fueron la causa de la derrota.

Diciembre, enero...

Triunfaba el orden: las bandas de Noske daban las últimas batidas en el barrio llamado "de los periódicos", donde los edificios de las Redacciones estaban aún formados por los revolucionarios, que poco a poco eran cazados a tiro limpio.

Los señores de la Prensa de orden felicitaban al Gobierno y le incitaban a continuar la ofensiva a los espartaquistas.

Faltaba coger a los cabezillas del movimiento: Rosa y Carlos, que seguían, pese a todos los peligros, infatigables en su obra. "El proletario de Berlín los encontraba, por todas partes, a su lado."

Hasta mucho después de la victoria de Noske, a principios de enero, un miembro de la Unión de Soldados escribía en el "National Zeitung":

"Liebknecht tenía la audacia de hablar en público, mientras los hombres de Noske eran desarmados y redu-

cidos a la impotencia por los miembros del "Espartacus".

Las viviendas legales de Carlos y Rosa fueron asaltadas diferentes veces y sus cabezas puestas a precio. Hauptman Pabst, el brazo derecho de Noske, ofrecía cincuenta mil marcos por cada una. Para financiar estos crímenes había recibido fuertes sumas de los centros industriales y capitalistas.

Gentes sin filiación política, sin ideario social alguno, exaltados por la codicia, se desparramaron por Berlín a la caza de las víctimas. Carlos y Rosa cayeron, por fin, en sus manos.

El 15 de enero, a las nueve y media de la noche, fueron encontrados en el domicilio de un amigo, en Wilmersdorf, e inmediatamente conducidos al Hotel Eden—en aquella época cuartel general de las huestes lanzadas a la casa de Carlos y Rosa.

Y el drama empezó a desarrollarse.

El oficial Vogel ordenó a

un soldado del regimiento—el cual ya tenía cobrada la muerte de Carlos y Rosa—que se hiciera cargo de los detenidos para su traslado a Moabitx, y a golpes fueron introducidos en un coche que, velozmente, atravesó Tiergarten, el famoso parque de Berlín.

Liebknecht fué la primera víctima. El soldado Runge le descargó un golpe en la cabeza con la culata del fusil. Carlos perdió el conocimiento; inmediatamente, como constaba en el programa, fingióse una avería en el coche, y Carlos, medio desvanecido y desangrándose, fué obligado por Runge a marchar delante de él, a pie. Internados en el Parque, al atravesar el más oscuro pasaje, Runge remató, con un disparo por la espalda, a Carlos Liebknecht.

A las diez y media, una hora después de la detención, el cadáver de Carlos era abandonado en una casa de campo de Soollogische Garten. Seguidamente Runge

marchó en busca de su segunda víctima, a la puerta falsa del Hotel Eden, por donde tenía que salir Rosa Luxemburgo. También ella recibió el mazazo brutal que la dejó moribunda. Arrojada rápidamente al interior del coche, el mismo oficial Vogel descargó su revólver sobre la cabeza. Minutos después dejaba Rosa de existir.

Cuatro meses y medio más tarde fué encontrado el cadáver de Rosa Luxemburgo, horriblemente desfigurado, en las aguas del canal Lanwehr.

**

La campaña de excitación contra los espartaquistas había dado sus frutos; la Prensa de orden sólo tenía que tejer la falsa leyenda que envolvía el doble asesinato en el misterio de la impunidad. La patraña justificativa no se hizo esperar.

Liebknecht, al intentar fugarse, había tenido que ser fusilado por sus guardianes.

Rosa Luxemburgo había sido lynchada por la multitud.

La mentira no podía vencer a nadie ni durar mucho tiempo; durante el proceso que llegó a instruirse, los falsos testigos se denunciaban a sí mismos con sus contradicciones; los soldados no osaban levantar la vista ante los oficiales culpables, y, por último, los empleados del Hotel Eden presentaban una fotografía que los mismos asesinos habían hecho impresionar, después de sus fechorías, durante una fiesta.

Inmediatamente supo todo el mundo los detalles del crimen. No sólo fueron conocidos los autores, sino los inductores que en la sombra pagaban la sangre vertida.

Y esos hombres, cuyo nombre fué del dominio público, más tarde, acalladas las tempestuosas protestas y echado al olvido por la masa neutra nacional su execrable proceder, llegaron a ocupar altos cargos públicos.

¡Inmutable final de tantos y tantos casos históricos! ¡Descorazonadora contra moraleja!

COPLAS DEL DIA

SE HA DE IMPONER EL ORDEN

Anda todo revuelto, todo está en pugna, todos los extremismos se han conjurado para dar la batalla, si es que se puede, a este flamante régimen republicano.

Gentes cuyas ideas demoledoras sueñan en imposibles, ¡bueno está el patio!, se han lanzado obcegadas, ¡pobres ilusos!, a ver si lograr pueden amedrentarnos.

Y han "embarcado" a pobres trabajadores, que no tienen nociones del descalabro que con tales empresas ha de ocurrirles, porque no están los tiempos para esos "tragos".

Ni al Gobierno, ni a nadie, causarán mella las huelgas ilegales, ni los conatos de ensayos anarquistas que están haciendo los que a todas las leyes siempre han burlado.

La República, firme y consolidada, seguirá su camino, y los ciudadanos lucharán por el orden, que en él radican libertad y progreso, tan deseados.

Claudio FERRAN

Arturo P. FORISCOT

LA SEMANA POLITICA

DEL VIAJE A ALICANTE DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA AL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

LA primera salida del Jefe del Estado, del Presidente de la segunda República española, para visitar los pueblos de nuestra Nación, ha constituido un acontecimiento extraordinario, ha sido un éxito rotundo y completo, no por descontado menos digno de tener en cuenta y de que se le dedique el debido comentario.

El viaje del señor Alcalá Zamora a Alicante fué un viaje triunfal, y el pueblo, los ciudadanos de aquellas tierras levantinas, al ver que la primera magistratura de la Nación estaba encarnada en un ciudadano como ellos, sin empaques ni petulancias protocolarias, elegido por sus representantes en Cortes, se deshicieron en entusiasmo y efusiones, dando rienda suelta a su pasión por la causa democrática.

Ahora se anuncia un próximo viaje del Presidente de la República a Baleares, y en éste, como en el anterior, recibirá el señor Alcalá Zamora el homenaje del pueblo que se ve libre de las cadenas que le tenían atado a las galeras del caciquismo y que, al poder exteriorizar, sin trabas ni cortapisas, sus ideas y sus sentimientos, bendice a los que acertaron a derribar la tiranía monárquica con el concurso ciudadano, que contribuyó tan eficazmente, en las urnas y en la calle, para conseguirlo.

Después del viaje presidencial se han registrado en Bilbao los lamentables sucesos, que todos condenamos y que han costado la vida a varias personas y de los que resultaron heridas muchas más. Los elementos directores de las derechas y extremas de-

ANARCO - SINDICALISTA

rechas del país vasco no acababan de digerir la implantación de la República y su afianzamiento, y así, en cuanto han tenido una ocasión que han creído oportuna, han cometido la incivil agresión de que se trata contra los liberales, contra los republicanos y socialistas y demás representantes de las izquierdas bilbaínas.

Tal proceder, tan poco digno y tan poco cristiano, ha merecido la condenación unánime de todas las personas de buen sentido y de ideas sensatas, y ha puesto al Gobierno en guardia para evitar que se repitan esas agresiones, que no tienen explicación posible ni tienen nombre con que calificarlas.

El Congreso sigue su labor normal, discutiendo y aprobando las Leyes complementarias de la Constitución, entre las que figura, y consignamos por su importancia, la de la unificación de las industrias militares. También se han desarrollado en el Parlamento los debates acer-

ca de los sucesos de Bilbao y del movimiento revolucionario de la Cuenca del Llobregat, destacándose notablemente de dichos debates el discurso del jefe del Gobierno, señor Azaña, afirmando que el orden se impondría por encima de todo y contra todo, con la máxima energía, y que el Gobierno había acordado aplicar la ley de Defensa de la República, sin contemplaciones de ningún género, a altos y a bajos.

La Cámara, a la terminación de los citados debates, acordó, por 285 votos contra 4, un amplio voto de confianza al Gobierno, para que se proceda contra los perturbadores duramente, energicamente. Y el Gobierno, y sus representantes, han procedido como era de esperar; tomando todas las medidas y precauciones convenientes para ahogar el movimiento revolucionario, preparado y organizado por los anarcosindicalistas en toda España, logrando que, no obstante los intentos de perturbación y las

huelgas generales, apenas se alterara el orden público en las capitales y poblaciones donde más directamente se nota la influencia de tales elementos, ni en los demás pueblos españoles.

Es indudable que la actuación del Gobierno, y de los gobernadores civiles y demás autoridades, ha sido oportuna y eficaz, y que gracias a ella se han esfumado las amenazas y fatales presagios que se venían haciendo, desde hace algunos días, para el 25 de enero.

No se puede negar, sin ponerse al margen de la verdad, que el movimiento revolucionario estaba bien enfocado y apuntado, pero como no tenía razón de ser, se malogró, porque el Gobierno conocía los manejos que se habían efectuado y estaba preparado para aplastarlo tan pronto como se exteriorizara la primera tentativa.

El fracaso ha sido rotundo y de los que no dan lugar a dudas, debiendo consignarse de un modo especial el civismo y la entereza de los ciudadanos de las capitales y pueblos españoles, no amedrentándose ante las amenazas ni las coacciones, haciendo su vida normal y ordinaria, a despecho del paro y de los conatos de violencias, y condenando todo lo que signifique una perturbación de la vida ciudadana.

Las circunstancias actuales no son las más a propósito para dificultar la normalidad, y el que se manifieste en forma violenta y agresiva, debe ser considerado como un enemigo de la República y de la prosperidad de España.

He aquí lo que ha dado de sí la última semana.

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE". Plaza de Cataluña, 9, 2.º, 2.º. Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

LA REPUBLICA

SIN TEATRO POLITICO

NO sé en qué periódico catalán he leído una diatriba agudísima contra el teatro político que nos ha aportado la República. Subrayemos la frase, por si acaso, hemos dicho que nos ha aportado la República, y no la Revolución, porque el teatro político que nos ha sido ofrecido después del 14 de abril no es precisamente un teatro de la Revolución, sino un teatro de la contrarrevolución. Efectivamente, es algo que no hubiéramos imaginado jamás. Claro está que depende del tono de las revoluciones que se efectúan, pero es evidente que la transformación de una sociedad siempre aporta al escenario un valor nuevo: el del planteamiento de conflictos y de problemas, en la consciencia individual o en la consciencia colectiva de un pueblo y que ofrece a los ojos del espectador la novedad de unos argumentos teatrales que hasta entonces no había tenido la libertad de conocer.

La revolución francesa aportó un teatro revolucionario inmediato, en el cual los conflictos de la calle eran llevados a la escena, pero siempre a favor del régimen nuevo y nunca en detrimento de la nueva forma republicana o de sus hombres más representativos. En la revolución rusa, el teatro nuevo no tan sólo ha dado al pueblo el espectáculo de sus nuevos conflictos de consciencia, sino que ha reformado totalmente el argumento del repertorio clásico para darle un valor marxista, de lucha de clases (1). Es más, el teatro ruso revolucionario, más la aportación espiritual, ha dado al mundo una inquietud honda de renovación en el aspecto plástico. Y Rusia, que bajo el imperio de los zares ofreció la majestad artística de sus "ballets" rusos, bajo el régimen de Lenin y Trotzki ha regalado la maravillosa aportación plástica de los Stanislawki, de los Meyerold y Tairoff. En la revolución alemana, el nuevo teatro fué la consagración definitiva de Max Reinhardt, a quien la revolución triunfante le dió facilidades para hacer un gran teatro en Berlín y ofreció medios para que Irwing Piscator pudiera crear sus tentativas teatrales brillantes en cuanto a fondo y forma artística y política, y desastrosas en su parte financiera. Pero en la revolución alemana se levanta el pedestal definitivo al teatro de Sternheim y de Wedekin y se da al público la visión de un teatro político—cruzado de Karl Marx y del profesor Freud—en el que sobresalen comedias como "Gaz" y "Un día de octubre", de Georg Kaiser, y "Amnistía", de un magistrado fiscal, etc., etc. Y existe en Alemania una intensidad teatral política tan grande que al preguntarle en cierta ocasión al crítico Alfred Kerr sobre qué obras alemanas podrían traducirse al castellano para conocer el teatro alemán contemporáneo, me contestó: "Es muy difícil traducir algo que le interese al público español, porque generalmente todo nuestro teatro es político y se refiere a cuestiones sobre las que está familiarizada la localidad. Trasplantado a otra es-

cena y en otro idioma, el teatro alemán contemporáneo perdería su perfume y su finalidad".

Claro que lo mismo puede decirse de los dramas musicales de Ricardo Wagner, como nos hace saber Juan Maragall en sus estudios sobre el gran músico.

En la revolución fascista ha sucedido exactamente lo mismo. Inmediatamente se han producido los grupos políticos-literarios que han dado al país una "fascistación" del arte escénico, sea en las pruebas de teatro absurdo de Marinetti, un tanto tronado y que desea estar siempre a la última nota y al son del último ritmo, sea en la tarea de un teatro milanés experimental que ha dado al país un laboratorio escénico interesantísimo, sea en algunas pruebas documentales de nuevo teatro (conflictos entre fascistas y liberales) que no han tenido una brillante carrera, pero que al fin y al cabo han sido pruebas y saludables intentos de renovación.

¿Qué intentos ha dado en España la joven dramática? ¿Qué teatro ha producido la revolución? ¿Qué teatro político hemos visto bajo el nuevo régimen inaugurado el 14 de abril?

A decir verdad, hemos visto un teatro lamentable, como son algunos esperpentos melodramáticos que compañías de tercera mano han ido representando por los pueblos primarios, haciendo llorar a las mujeres con truculentos fusilamientos y loas lamentables en honor a los héroes de Jaca, que merecían más respeto por parte de los poetastros teatraleros. Y tras este teatro ha surgido un teatro de acerba crítica contra las reformas de la República, contra los hombres de la República, contra los intentos de elevación espiritual y material del proletariado y contra todo aquello que es humano y liberal en el nuevo Estado. De manera que la República, que no ha creado un arte teatral suyo, ha consentido y tolerado un teatro contrarrepblicano.

Las dos únicas comedias políticas, con humanidad, que han surgido en estos meses, han sido "Un momento", de Felipe Sassone, en que sitúa el problema de una vieja casa solariega ante el nuevo estado de cosas, y el magnífico romance de Rafael Alberti, "Galán", estrenado por Margarita Xirgu en el Teatro Español, de Madrid, y que no comprendemos cómo no ha representado en Barcelona, y en cuya obra, con una valentía y una juventud optimista, se pone sobre el escenario la figura de Fermín Galán y la de todos los monigotes de la política con verdadero calor de humanidad.

Pero sobre el teatro político hay que volver a reincidir.

Francisco MADRID

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

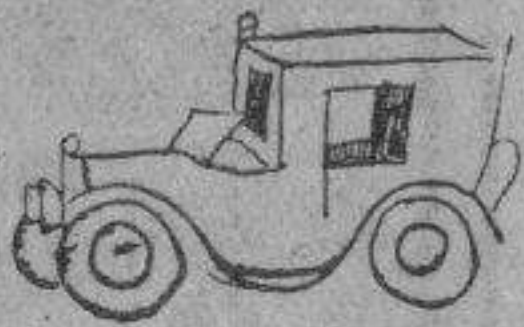
(1) Aunque esto no es nuevo, porque en España consideramos, desde hace años, teatro de lucha de clases—pobres contra ricos—el "Juan José", de Joaquín Dicenta, y "Terra baixa", de Angel Guimerá. El primero con más agudez que el segundo, porque incluso se representa el día 1.º de mayo como obra simbólica de la fiesta del trabajo.

la calle de la amargura



LA minoría Radical Socialista, que no prestó toda la ayuda que era de desear al diputado señor Botella, cuando éste se levantó, ante el estupor de la Cámara, para recordar que el artículo 26 de la Constitución se había votado para practicarlo íntegramente..., ha tenido, por fin, un alarde gallardísimo..., haciendo suya la proposición de dicho señor Botella... y dando fe de conformidad inquebrantable con dicho diputado...

..Lástima que haya deslucido un poco este gesto de la intrépida minoría el hecho..., puramente casual, de haber aparecido el Decreto de expulsión de los Padres Jesuitas, que viene a dar la razón por entero al señor Botella... y, por prodigiosa oportunidad, a la minoría Radical Socialista.



Para la vida anecdótica del señor Moles, que, como todo gobernador de la segunda capital de la República no puede carecer de ella..., recogemos la siguiente facecia:

Hallábase el gobernador ante la mayor convulsión de los pasados sucesos revolucionarios, naturalmente, preocupado con las medidas a adoptar para contenerlos, cuando fué indiscretamente interrogado por un reporter respecto de los taxis..., y el señor Moles replicó con viveza:

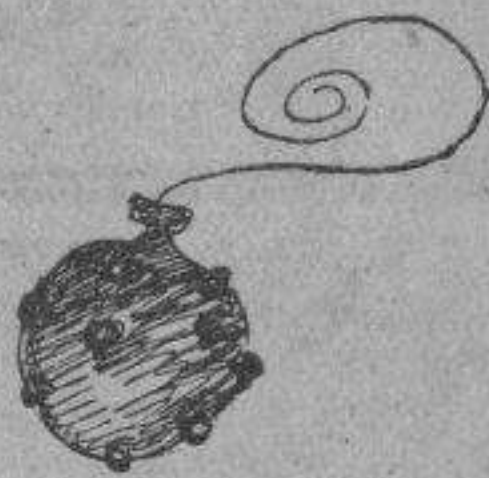
—¡¡¡Sí, sí; para taxis estoy yo ahora!!!

Esto causó decepción entre

los elementos interesados en que el conflicto taxista sea un conflicto de primerísima categoría. ¿Está claro?



El jefe del Gobierno, señor Azaña, que tuvo una plausible actitud de enérgica serenidad ante los recientes sucesos sediciosos, pasados los primeros momentos que, naturalmente, eran extremadamente serios..., hizo en los pasillos de la Cámara y, como es natural, con carácter oficioso, una definición taurófila de los peligros que amenazan a la República, dijo que con los enemigos de cuidado lo mejor es "arrimarse"...; y nosotros añadimos..., pero sin dejarse comer el terreno...



..En Figols, Sallent, Cardona y cuantos puntos de la comarca del Llobregat han sido teatro de los recientes sucesos..., parece ser que a la ho-

ra de esclarecer los hechos no ha sido habido ninguno de los dirigentes y la gran masa ha explicado su actitud diciendo que fué arrastrada por aquéllos y coaccionada para secundarles... Esto evidentemente es cierto y está en la conciencia de todos..., pero es un juego peligroso..., puesto que prejuzga las causas justas de los mismos obreros que secundan cualquier actitud, por descabellada que sea.



La terrible odisea de aquellas monjas que fueron apresadas en Suria para ser fusiladas por los revoltosos, según se dijo en los primeros momentos, que, naturalmente, eran de gran confusión, parece que se ha desmentido, pero no la han desmentido todos aquellos que con tanto calor la dieron por cierta... y que quizás hayan lamentado tener que rectificar...

El señor Lerroux sigue en el voluntario mutismo que se ha impuesto hasta el 11; este solemne silencio del señor Lerroux que tantos se han propuesto inútilmente quebrantar...; este silencio que,



tan atenta como paradójicamente, es escuchado por todos..., se va llenando, en virtud de lo que acontece, de delicadas sugerencias que lo hacen...cada vez más interesante... y más trascendental...; tantas y tantas cosas están pasando y pasarán hasta el ansiado día 11; tanto y tanto esperan que sobre ellas se diga lo que esperan que hable don Alejandro, que posiblemente no será posible ni aludirles ligeramente todas, y... luego, como si lo viéramos, habrá quien se sentirá defraudado si don Alejandro sólo dice lo que quiera decir y no dice lo que algunos quieren que diga, y lo que... muchos quisieran oír.....

..Porque es que..., señores, a veces a uno le admiran más de lo que uno quiere que le admiren y a veces están dispuestas a votarle a uno gentes que uno no quisiera que le votaran... y, en fin, como dijo no sé quien...: "Dios nos libre de la hora de las alabanzas...", que en política es como si dijéramos la hora de gobernar...

El pasado viernes 22 hubo una sesión municipal extremadamente regocijante y tumultuosa...; por aquello de siempre, llegaron a las manos un concejal regionalista y un federal...; el motivo visible fueron los dichos taxis...; pero la razón verdadera fué... aquello. Ustedes... ¿no saben lo que es aquello...? Pues la política..., claro, la política..., nada más que la política; no vayan a creer ustedes que era por alguna cosa mala

CIRINEO

Los perturbadores del orden, los profesionales del desorden; los que pretenden confundir las ideas, los ideales, con actos de violencia y de salvajismo; los que no respetan a las personas y las hacen víctimas de sus vesanias y entienden que el pillaje es una reparación; éstos no son, no pueden ser liberales, ni tienen la más remota idea de la libertad.

Los que atentan, vilmente, contra la vida de las personas; los que luchan solapadamente a la sombra, en las tinieblas, para eludir la responsabilidad de sus acciones; los que cometen fechorías y siembran la intranquilidad, el luto y la ruina en los pueblos; éstos, ni conocen la libertad, ni tienen las más rudimentarias nociones de civilización y de progreso.

La fracasada intentona comunista de las cuencas del Cardener y del Alto Llobregat



Las tropas, momentos después de haber ocupado las minas de Figols



Uno de los parapetos en que se fortificaron los revoltosos



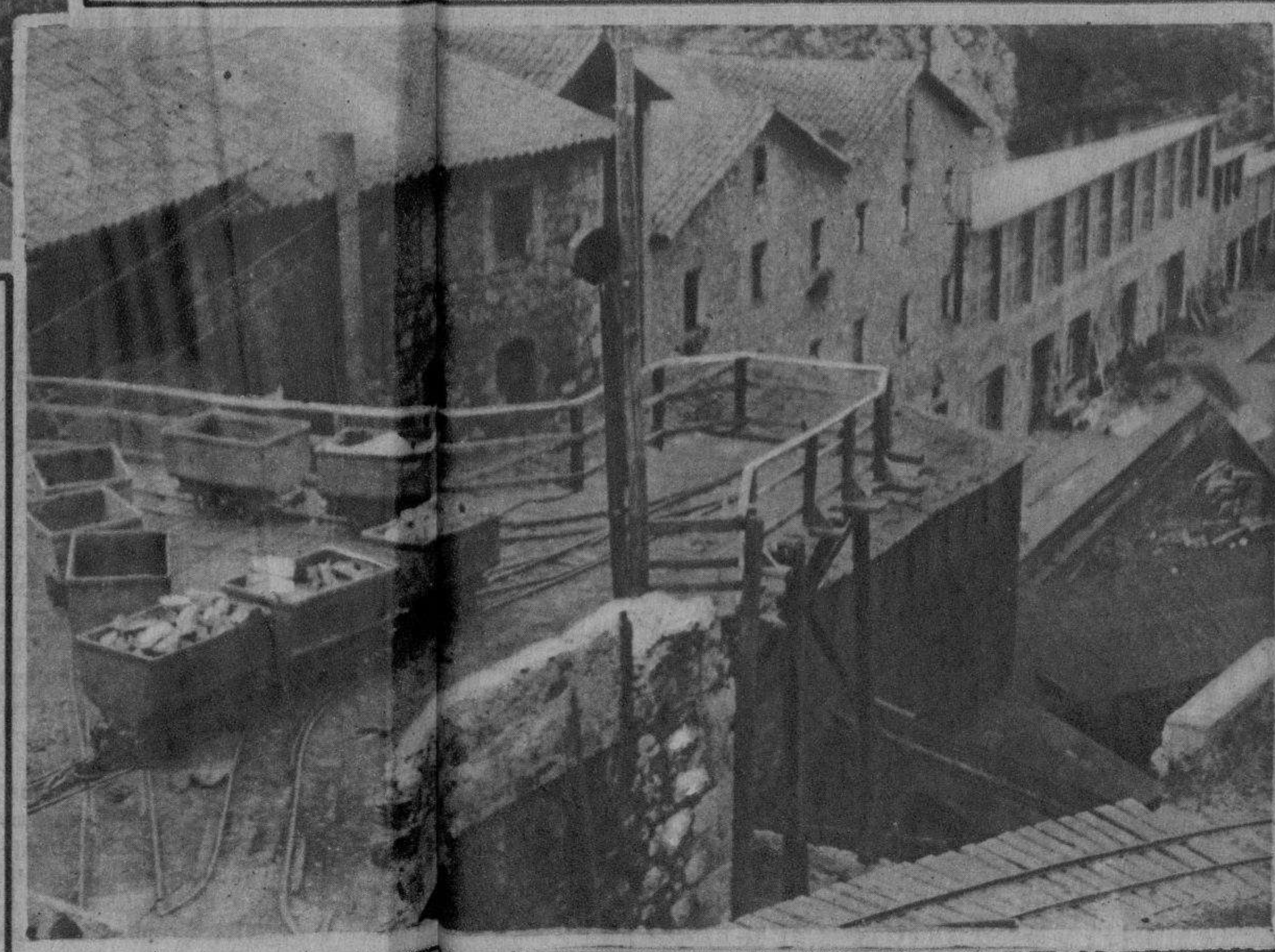
Uno de los cajones conteniendo bombas, encontrados en la casa de Berga donde los revoltosos establecieron su cuartel general



Casillas en las cuales fueron recluidos provisionalmente los detenidos



Soldados custodiando algunas de las armas recogidas a los revoltosos, en Figols



Las minas de Figols, paralizadas durante la huelga.—(Fots. Casals)



Casas de Berga, desde cuyos tejados opusieron alguna resistencia los revoltosos

SILUETAS PARLAMENTARIAS

EL VOLCAN DE QUE HABLABAMOS

LA pasada semana decíamos con toda la seriedad de que somos capaces: «el Gobierno dormita sobre un volcán» y... ¡allá fué el torrente! Con toda tranquilidad nuestros hombres disponíanse a escuchar alardes y trinos, verdades y gritos, sobre Bilbao, y llegó el trance catalán a ponerles en centinela, con los ojos como faros horadadores de tinieblas.

Pero vamos por partes.

**

Fatrás se levantó ahito de razón y rompió el aire con el índice acusador, que al final del discurso le costaría trabajo doblar para enfundarlo en los guantes. Parecía vestir la toga impóluta. Largos, severos pliegues, ceñir su cuerpo, y alrededor de la calva, idealmente, crecer las finas hojitas del laurel y del mirto. Contó lo que sabía con acentos sinceros. Manejó cauto y valeroso su palabra y el norte quedó trazado con sus luchas, sus creencias, su mayoría civilizada que se considera republicana y católi-

ca, sus juventudes educadas con faldellines de altar; toda, en fin, la gama del problema ya eruento. Le oímos y aquellas que tienen voz y voto al confundir su aplauso con el nuestro le otorgaron la palma.

Naturalmente, esto no podía quedar así.

**

La caverna se estremeció hasta en sus más ahumados rincones.

Aquí hemos dado en llamar «los beunzas» a esos señores con apariencia externa semejante a la nuestra. El apellido se ha transformado en denominación naturalmente, en gracia a su sonido áspero y cantarín como el grito primitivo del ser que luchó con el «homo sapiens», heredero del mono marchador.

Uno de los «beunzas» cantó su monótono ritmo acompañado por la danza estridente de los demás y el Gobierno escuchaba con aquella calma de quien se ha ganado bien el reposo.

Los sucesos distraían al país

y la Cámara ex Constituyente perdía una semana más de trabajo.

Así nos llegó el trompetazo de alarma. Resultaba que los otros extremistas se lanzaban al asalto como si inconscientemente hicieran el juego a las derechas, a esas derechas que han desprestigiado tanto el nombre, que nadie se atreve dignamente a decirse hombre de derechas.

Toda una región se arrebuja medrosa ante el impulso de unos pocos que se tildaban de algo tan raro como comunistas libertarios. Y el país se estremeció. Madrid que tiene una sensibilidad ciudadana envidiable, alzó sus ojos a las alturas buscando los ojos del Gobierno. Era la callada pregunta, tremenda acusación. Sin palabras se gritaba ¿qué hacéis? ¿para qué os pusimos ahí?

**

Ese hombrecillo parco, austero y de enérgica palabra, que Azaña guarda en el Ministerio de la Gobernación y muestra

en público muy pocas veces, vistió sus armas y se lanzó al campo. El mismo, recogió en sus manos los restos útiles de un Ejército que no ha reconstruido y mientras su diestra empuñaba las tizona, la otra mano descolgaba el teléfono para empujar la orden ya acordada, en el ánimo del ministro de Justicia.

**

Fueron idealmente asolados los núcleos libertarios y como acierto insuperable de político, señalamos el decreto de expulsión de los jesuitas, lanzado al mismo tiempo, en los instantes del éxito, en el minuto de fulgor.

Abre el Gobierno batalla en los dos frentes, «beunzas» y libertarios se encuentran con la firme voluntad de aniquilarse. Ya era hora. Vamos a ver quien puede más y los vencidos que dejen al fuerte a ver si es posible que vivamos. Todo es preferible a la intranquilidad, al hervor, al desvelo constante.

Azaña podrá, ¡quién lo duda!



SEÑOR FATRAS



SEÑOR BEUNZA

EN EL MENTIDERO

LAS ILUSIONES DEL CONDE

Al terminar el pasado día 14, la primera sesión de las Cortes, en que se discutió apasionadamente la ley sobre la secularización de cementerios, el conde de Romanones hizo en los pasillos a los periodistas el siguiente comentario:

—No me explico porque ponen tanto apasionamiento en este debate cuando lo más pertinente sería escuchar antes la opinión de los interesados que son los muertos...

A lo que el alcalde don Pedro Rico, replicó, al informarse de este comentario:

—¡Por lo visto, el bueno de don Alvaro sueña todavía con hacer algunas elecciones!...

LA PREGUNTA DE LERROUX

En la pasada semana, entró don Alejandro Lerroux en la Cámara y pronto se vió rodea-

do por los periodistas que le preguntaron, como siempre, que noticias tenía.

—Yo, ninguna, señores... Regreso del campo donde no me he enterado de lo que pasa por el mundo... Ustedes son los que tienen que darme a mí noticias...

Los reporteros se apresuraron a complacer al ex ministro de Estado y en tanto uno le hablaba de una huelga, otro le refería ésta o aquella noticia política... Y así sucesivamente le fueron informando de cuanto había ocurrido en los pasados días.

Por último, uno de los informadores, le dijo:

—¡Ah!... También sabrá usted, que el señor Azaña, que se hallaba de excursión por Andalucía, ha llegado en automóvil a Cádiz...

Y el señor Lerroux, rápido, preguntó:

—¿Qué pasa en Cádiz?

UNA INTERRUPTCIÓN

El domingo, día 17, celebró el partido radical un gran mitin de propaganda en Segovia.

Entre los oradores que tomaron parte en dicho acto, figuraba el popular y batallador sacerdote don Basilio Alvarez.

Sabido es que el culto y simpático abate del Beiro, cuando habla, a medida que avanza en sus discursos, se entusiasma de tal manera, que llega a la más alta exaltación, por lo que se apodera del ánimo de quien le escucha.

En este acto de Segovia, comenzó, como en tantos otros, con verdadero entusiasmo y queriendo cantar las glorias de los Comuneros de Castilla, Bravo, Padilla y Maldonado, lleno de santo fervor cívico, enrespada la rizosa cabellera, el ademán tribunicio y la frase vibrante hizo una bella apología de estos mártires de Villalar.

Y tras de un párrafo brillantísimo, fogoso y de gran elocuencia, exclamó:

—¡Gloria a vosotros, Maldonado... Padilla!...

—¡Bravo!—gritó uno de los oyentes con gran entusiasmo, jaleando al orador sin dejarle terminar.

Y éste que creyó que se refería al otro caudillo, nacido precisamente en Segovia, se apresuró a decir:

—¡Paciencia, hombre, que ya le iba a nombrar!...

LO QUE NUNCA SABRA UNA GRAN SEÑORA

El diario fascista, jesuítico y absolutista «El Debate», lanza todas las semanas un eructo a cebolla cruda, con el título de «Gracia y Justicia».

Huelga decir, que su misión no es otra, que arrojar cuanta basura encuentra a mano—de la mucha que dejó la monarquía y la dictadura—contra el nuevo régimen y sus hombres.

Y con esa delicadeza y caba-

llosidad de que viene dando muestras, en el eructo de la pasada semana, trata más que de zaherir, de injuriar, a las señoras de los hombres que hoy rigen los destinos del país...

Para ello, con motivo del banquete diplomático de Pascuas, que se celebró en el Palacio de Oriente, se publica un dibujo, o cosa que pretende pasar por tal, en el que, ante la mesa, aparece una dama de opulentas carnes y muy enojada y a su lado un caballero que quiere dar la sensación de representar a un diplomático...

Y bajo el título: «La Pascua en el gran mundo», el siguiente pic: «Ella.—¡Echese más de eso, que sé que le gusta!...

El.—¡Pero cómo puede saberlo, señora? Ella.—¡Anda! ¡Por que fui cocinera, en la pensión donde usted vivía cuando era agregado!»

Un hombre de la actual situación, después de leer lo que quiere ser una injuria, dijo:

—Sin duda, esta gente, pretende olvidarse, a pesar de tener el ejemplo en casa, que una cocinera puede llegar a ser una gran señora y en cambio, una gran señora, jamás sabrá freír un par de huevos...

GOZA DE BUENA SALUD

El día anterior, al que pronunció su discurso en el Circulo de la Unión Mercantil de la Villa del Oso y del Madroño, el señor Ventosa, en las declaraciones que hizo a la prensa, dijo entre otras cosas:

—¡Aunque serví al país como ministro, en el último gobierno de la monarquía, estoy dispuesto a servirle siempre...

—¡Le agradecemos el ofrecimiento—dijo un miembro de los más caracterizados de la situación, cuando se enteró de estas manifestaciones. —Pero,afortunadamente, la República goza de tan buena salud, que por mucho tiempo, no necesitará ni ventosas ni sanguijuelas...

J. L. B.



SEÑOR CASARES QUIROGA

y luego será de lugar pedirle unas cuentas que rendirá sin dejar nada en el pensamiento.

Hoy lo patriótico es ayudarle; terminado lo que se ha in-

ciado, gracias a los dioses, buscar en los partidos republicanos la sustitución, las sustituciones que todos sabemos.

Luis de ARMIÑAN

Quando muere un fraile
dicen los demás:
—Hay un fraile menos
y una ración más...

Los Escolapios, los Agustinos, los Maristas y todas las demás órdenes religiosas que competían con los Jesuitas en la captación de almas y de bienes, deben entonar con gran regocijo la precedente letanía estos días.

EL DERECHO A LAS ARMAS

PARA DEFENDER A LA DEMOCRACIA AMENAZADA. DEPOSITOS DE ARMAS CLANDESTINOS. - DOS PESOS, DOS MEDIDAS

CADA pueblo tiene derecho a poseer armas para poder defender con armas sus derechos.

Estas palabras de Carlos Marx son muy justas. Allí donde el pueblo no puede defender sus derechos la Constitución más democrática, queda a veces en letra muerta. En Italia, en Rumania, en Hungría, en otros muchos países hubo Constituciones muy "decentes", pero fueron violentadas por dictadores o grupos reaccionarios, porque las masas no poseían armas para defenderlas. En tanto que las armas constituyen el privilegio de las clases gobernantes, los pueblos son impotentes. Porque, al fin y al cabo, son las bayonetas las que deciden, según dijo, hace unos sesenta años, Lassalle.

En verdad, ahora no son las bayonetas, sino las ametralladoras, los cañones y los aeroplanos los que tienen la palabra decisiva en la lucha entre las masas del pueblo y los que quieren someterlas a su yugo. Pero eso no cambia el problema: sin armas no puede defenderse ni un individuo, ni un pueblo.

En países democráticos existe una milicia que está sometida, no al Gobierno, sino a los Ayuntamientos. Es en cierta medida—pero tan sólo en cierta medida—, la guardia del pueblo, la defensora de sus derechos. ¡Ay! A veces esta guardia traiciona su vocación, se transforma poco a poco en un ejército gubernamental, pronto a oprimir a las masas "rebeldes", como lo vemos en Francia, donde aún la Guardia municipal no es más que instrumento dócil en las manos de los gobernantes.

En virtud del Tratado de Versalles, Alemania y Austria no tienen derecho a organizar lo que se llama milicia. Pero los partidos políticos en lucha se burlan de las prescripciones de dicho Tratado y organizan su propia milicia. Es un secreto de polichinela que los hitlerianos poseen. Un ejército poco menos

que regular, así como depósitos de armas y municiones. También el partido socialista posee sus tropas organizadas: es el llamado "Schutzbund" (Unión para la defensa de la República). Claro está que también esta organización tiene armas, pero no oficialmente, sino en depósito clandestinos.

El Gobierno alemán lo sabe, pero cierra los ojos. Por un lado, es físicamente casi imposible encontrar los numerosos depósitos clandestinos esparcidos en el país entero; por otro, el Gobierno no se atreve a confiscar las armas de la "Unión para la defensa de la República" sin hacerlo también con los partidos derechistas. Además, un Gobierno que se hubiera atrevido a atentar a la organización popular del pueblo, hubiese perdido toda popularidad.

Si un día estalla la guerra, por ejemplo, entre Francia y Alemania, el mundo se convencerá con asombro de que los alemanes tienen tropas bien disciplinadas, bien mandadas y bien armadas. Hoy en día existen en Alemania sólo uniones deportivas, de gimnasia, etc.; los miembros de estas "uniones" son soldados y oficiales sin uniforme. En caso de guerra, Alemania puede movilizar centenares de miles de buenos combatientes.

* *

La pequeña Austria ni siquiera pretende medir sus fuerzas con otro Estado cualquiera: sería un puro quijotismo. Pero también allí hay formaciones semimilitares, armas y municiones más

o menos clandestinas. Claro está, no para uso exterior, no para una guerra de desquite (con la cual hasta hoy sueñan no pocos elementos en Alemania), sino para las luchas interiores.

Los "Plumas de Gallo", o sea los miembros de la Unión derechista y archirreaccionaria que sueña con dar un golpe de gracia a la República e implantar en Austria una dictadura fascista, poseen numerosos depósitos de armas. Hace pocos días, la Prensa publicó revelaciones sensacionales acerca de la procedencia de estas armas. El propio Mussolini dió dos millones de liras a los fascistas austriacos para la adquisición de fusiles y ametralladoras...

Tampoco es secreto que el "leader" de los "Plumas de Gallo", duque Starhemberg, tiene depósitos de armas clandestinos en cada uno de sus trece castillos, pero la policía ni siquiera piensa en efectuar una inspección en los castillos ducales.

Hay más: el 13 de septiembre, los fascistas austriacos hicieron una tentativa de golpe de Estado. Decenas de miles de hombres armados estaban a punto de emprender la marcha contra Viena. Su generalísimo, Pfrimer, publicó un llamamiento anunciando el derrumbamiento del Gobierno y su propia llegada al Poder. Los revoltosos poseían no sólo fusiles, sino ametralladoras y hasta cañones.

Por fortuna, la tentativa fracasó. Pero no solamente ninguno de estos aventureros peligrosos ha sido encarcelado, sino que la policía nada

hizo para confiscar las numerosas armas de los "Plumas de Gallo". ¡Como si nada hubiese ocurrido! Ahora, el duque Starhemberg y Pfrimer, seguros de su impunidad, amenazan abiertamente, en reuniones públicas, con un nuevo golpe, más decisivo aún.

¿Qué les queda en estas condiciones a las masas hostiles al fascismo? La contestación es clara: tener armas para poder defender a la República, a las instituciones democráticas.

Así lo hace el partido socialista austriaco. Se prepara a la lucha inevitable con los peores enemigos del pueblo. Siguiendo el ejemplo de los fascistas, organiza depósitos clandestinos de armas.

Ahora bien; ayer, la policía encontró en un club obrero de Viena, en un escondrijo, cerca de mil fusiles, unas ametralladoras, etc. Es indescriptible el júbilo de todos los enemigos del socialismo y de la democracia. La Prensa conservadora insiste en que el Gobierno se muestre enérgico para con los socialistas, que la policía efectúe pesquisas en todas las organizaciones y clubs obreros, etc. El prelado Seipel y sus correligionarios políticos manifiestan mucha indignación y lanzan gritos de alarma: es preciso arrancar lo más pronto posible las armas a los rojos!

Estos mismos señores, cómplices de Starhemberg y Pfrimer, guardan un silencio religioso acerca de las armas y municiones de los fascistas, mucho más peligrosos, puesto que los admiradores de Mussolini en Austria atentan a la República, mientras los socialistas necesitan armas para defenderla, para defender las libertades políticas, conquistadas en una lucha dura, para defender a la clase obrera, a la cual quieren someter a su yugo policíaco los fascistas...

N. TASSIN

Viena, enero 1932.

PANTALEONI H. NOS

Confecciones para Caballero y Niño

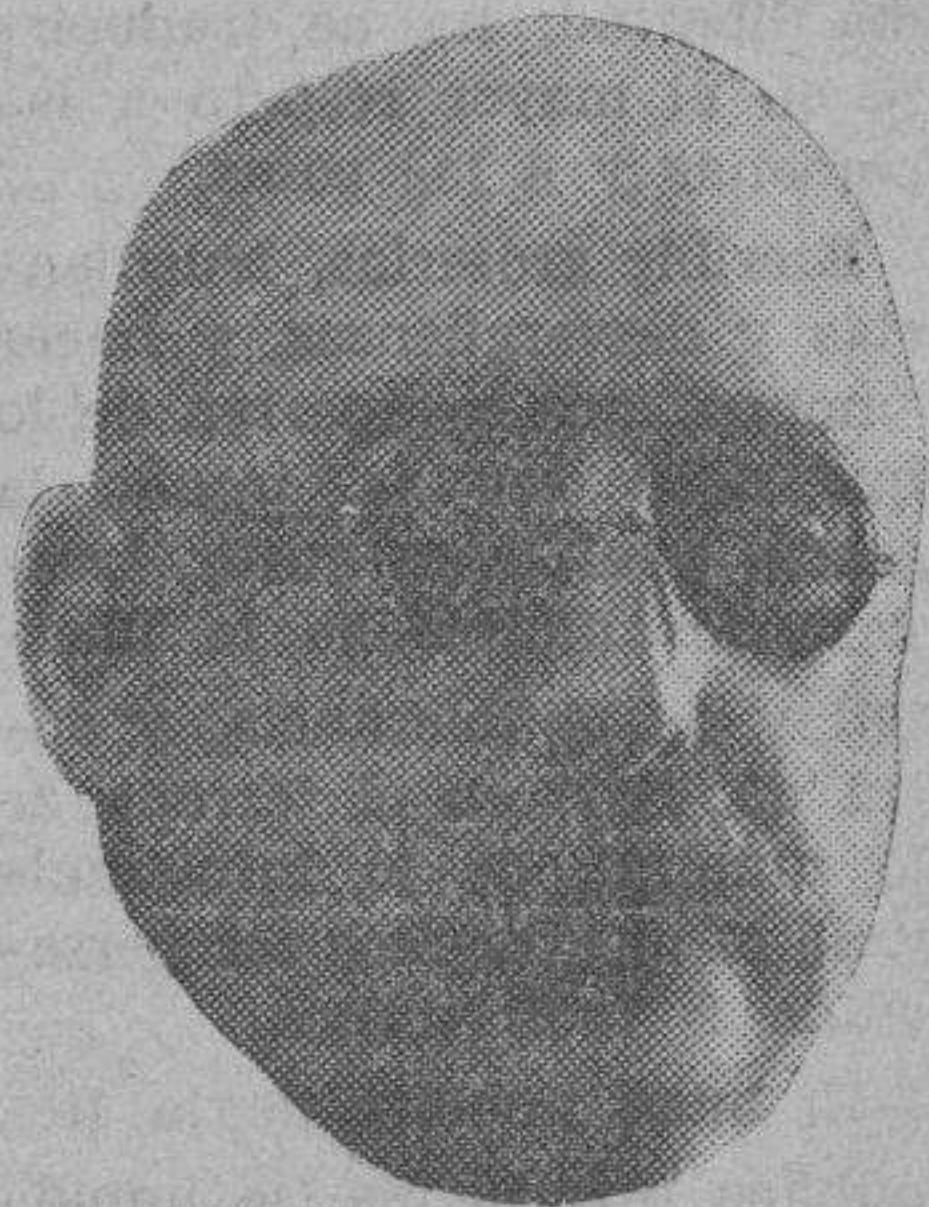
ABRIGOS los mejores

13 - PUERTAFERRISA - 13

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

FIGURAS DEL FEDERALISMO ESPAÑOL

DIONISIO PÉREZ



DON DIONISIO PEREZ

DIONISIO Pérez, el maestro de periodistas, por todos conceptos muy ilustre escritor, sereno, ecuánime, de austera independencia, vive desde hace tiempo en un casi voluntario aislamiento literario. De vez en cuando, una salida en los diarios españoles cara a la actualidad mundial, o a los sucesos que apasionan en la pantalla... nacional.

Dionisio Pérez, o la sinceridad personificada, con su cordialidad atrayente, nos anima a preguntarle.

—¿...?

—Sería un grave error político regatear, con distingos jurídicos o económicos, el anhelo de Cataluña, expresado en el Estatuto. Ni invocando el deseo de proporcionarle mayor bien, tienen derecho los diputados no catalanes a discutir siquiera, y menos a mutilarla y condicionarla, la obra orgánica que creen haber realizado las Cortes Catalanas que llevan el nombre de "Generalidad". A estas abnegaciones deben ir los pueblos con toda el alma. Aun suponiendo que la aprobación íntegra del Estatuto represente un sacrificio para el conjunto geográfico que llamamos España, se debe defender con mayor entusiasmo la doctrina de la "no discusión", porque así tiene mayor merecimiento y representa más loable vindicación de los errores que Madrid—no España—cometió en el pasado.

—¿...?

—Por impedir que fuera federal se puso en trance de

El problema catalán.- Libertad y Justicia. - Las Constituyentes y su origen. Todo está igual y es lo mismo.- Economía y Hacienda. - Responsabilidades desde 1895.- Final

muerte "manu militari" a la primera República española. Si la segunda República hubiera querido ofrendar a la España que hizo la revolución en las urnas.—Y la hubiera hecho en las calles, si hubiera sido preciso, sin contar con los partidos organizados—, la emoción nueva para el pueblo español del respeto al sufragio, como cosa sagrada; si las elecciones no se hubieran hecho en los Gobiernos civiles y con los mismos métodos caciquiles que antaño, haciendo perder toda fe en el nuevo régimen, a las Cortes Constituyentes hubiera venido una enorme mayoría federal. Todas las provincias españolas—aparte, claro es, antaño y hoy, de los apeteedores de alcaldías, concejalías y otros provechos—han perdido la fe en Madrid como símbolo y representación de los partidos que se llaman nacionales. Centralismo, unitarismo, son sinónimos de oligarquía y de caciquismo, como se ha demostrado en las recientes elecciones, en que los alcaldes republicanos, en la casi totalidad de los Ayuntamientos—y lo ha confirmado el gobernador de Lugo—, han hecho los mismos oficios viles que hacían los alcaldes monárquicos. Unitarismo es, además, sinónimo de impunidad. Todas las provincias, mejor dicho, todas las regiones, creen que están capacitadas para hacerse a sí mismas, para organizarse según sus modos peculiares, para depurarse de las vergüenzas y afrentas que les metieron en el alma la "razón de Estado" y las "conveniencias políticas" y el satrapismo que aquí padecieron siempre los jefes de fuerzas políticas.

España entera es federal, si no por hondo convencimiento ideológico, por horror al monopolio del Poder públi-

co, ejercido sin freno en todos los regímenes, por un grupo de hombres concertados en una sola ciudad; que no tiene visión del mar, ni del cortijo, ni del bosque, ni de la mina, ni de la fábrica que encierra toda la vida nacional en los recovecos del presupuesto y en los recursos ante el Supremo, como acontecía en 1895, cuando se lanzó en Baire el grito de insurrección, que declaramos traidor, como ahora queremos declarar otros semejantes.

—¿...?

—Libertad y justicia; dos sentimientos, dos modos de concebir la vida que parecen incompatibles, no ya con nuestro Estado, sino con nuestra raza. Yo no creo en la eficacia de las leyes intervencionistas del Estado. A más Estado, menos libertad y menos justicia. A más leyes, más artificialidad de la vida individual y colectiva. La libertad favorece la espontaneidad, la sinceridad, la apacibilidad del pueblo, creando un ambiente de respeto mutuo, que es premisa forzosa para la resolución de todos los problemas que plantean los intereses humanos. La justicia—cuando es algo más que la etiqueta puesta a un ministerio del Estado—suprime todo privilegio e impide toda explotación del hombre cordero por el hombre lobo. Y así, yo creo que los problemas fundamentales que están por resolver en España son esos dos de la libertad y de la justicia. Si se resolvieran, no habría problema agrario ni religioso. Claro es que los sofistas y los oradores profesionales, y los folicularios de alquiler, y los logreros de la política, y los organizadores de acciones sociales, se quedarían sin temas con que hoy alucinar a muchas gentes.

—¿...?

—No creo en la virtualidad de las Constituciones, sino en los hombres. Lo que necesita España no es una Constitución nueva, sino hombres nuevos. La Constitución es una palabra hueca; hueca como un cajón, o un armario, o un arca. La coge un Presidente Porfirio Díaz y le mete dentro una dictadura; la coge Cipriano Castro y encierra en ella una tiranía. Bolívar hace cinco Constituciones y tiene que huir del propio pueblo que liberara. Es doloroso que se haya tenido en tortura durante todo el siglo XIX al pueblo español y que hayamos pasado por pruebas como las de Cavite, Santiago de Cuba, Barranco del Lobo y Melilla, y que ahora, cuando creíamos haber hecho una revolución, entregáramos al pueblo con estos abalorios relucientes, como si fuese un tribu.

—¿...?

—Yo dejaría reducida toda la Constitución a aquel candoroso artículo de la de Cádiz: "Todos los españoles serán justos y benéficos...". Si fuesen sabrían darse el Gobierno que necesitan.

—¿...?

—Con libertad y con justicia, que es mi fórmula, no habría alteraciones de orden público. Se bastaría la conciencia popular para mantenerlo. El Estado no quiere salir de este círculo de hierro: "hay motines porque no hay justicia; hay alteraciones de orden público porque hay Guardia civil que las reprime; como hay guerra porque hay ejércitos". En los periódicos y en las Cortes hablan don Miguel Maura y otros ordenancistas como hablaban los ministros de la monarquía. Yo no veía diferencia ninguna entre el señor Galarza y el general Mola. Las mismas palabras, igual concepto de fueros de la autoridad, idénticos procedimientos. Es de esperar que nuevas revoluciones republicanicen la República. Si esto no llega pronto, no vale la pena de haberla conocido.

En cuanto a la triste andanza de la moneda española, he escrito una veintena de

LO QUE SE IMPONE

NO DEBE TOLERARSE LA CIRCULACION DE PUBLICACIONES PORNOGRAFICAS NI TRUCULENTAS

EN otras ocasiones nos hemos ocupado de algunas publicaciones que aparecen en diferentes capitales españolas, y que constituyen una nota truculenta y de mal gusto, que el Gobierno debiera hacer desaparecer como medida de sanidad moral.

Bien está—y merecen los mayores elogios las autoridades que las persiguen—que no se consienta la difusión y venta descarada de libros y revistas completamente pornográficos, obscenos, repugnantes. Todo cuanto se haga para su desaparición radical será poco. Pero también deben ser perseguidas las publicaciones cuyo texto y dibujos se salen de los linderos del buen sentido, de la corrección debida, del respeto que el lector merece.

No sólo se perjudica el buen nombre de una ciudad o de

un país con la publicación de escritos o "monos" soeces, sino igualmente se le daña profundamente consintiendo la circulación de periódicos que, alardeando de ser izquierdistas y avanzados, no tienen más finalidad que ir a su negocio, a las buenas o a las malas, prescindiendo de la consideración que debe la Prensa al público y del pudor que ha de presidir la norma de actuación de toda suerte de periódicos y libros.

Antes, ahora y siempre,

combatiremos las malas artes, la ignominia que entraña, el que se envenene, se atrofe, se pervierta el gusto del público, el sano criterio del público, con la publicación de papeles y papelotes que, sin más ideal que el lucro, se lanzan a la inmoral aventura de convertir las columnas de parte de la Prensa en receptáculo de lucubraciones infectas y de dibujos y caricaturas indecorosas, que dan una pobre idea del pueblo que los permite y tolera.

La libertad no significa que cada uno, en la República, haga lo que mejor le plazca, sin tener para nada en cuenta si se perjudica o no a un tercero. La libertad, la máxima libertad, ha de traducirse en el mayor respeto a las personas y a las cosas.

Escribir groserías, truculencias y desvergüenzas, y hacer "monos" que se aparten de lo que debe ser la ironía, la gracia y el buen gusto, traspasa los límites de la libertad y de la tolerancia, y entra de lleno en el terreno de lo inmoral, de lo intolerable y de lo que merece ser perseguido a todo trance.

El buen nombre de la República precisa que se impida la circulación de las publicaciones que hacen tabla rasa de la dignidad de la Prensa.

artículos en "El Diluvio", de Barcelona, y sería larga tarea resumirlos en unas palabras. En España hay, desde la liquidación de la guerra, con su no esclarecido negocio de colocación de marcos y de apertura de cuentas corrientes en marcos, una inflación bancaria. Con lo que ahora se sopla en ese negocio artificioso es con los dobles y la depreciación de la peseta a falta de otros negocios que facilitó la Dictadura. Cada vez que el Estado interviene en el mercado de cambios, el oro de la Hacienda y del Banco pasa a poder de los bancos particulares. Y para que la inflación subsista se necesita que el Tesoro sea comprador de su propia moneda y haga luego aperturas de créditos oro o empréstitos oro como los de Calvo Sotelo, y los bancos, empezando por el de España, ganando el dinero a espuertas, sin cooperar en nada al crecimiento de la riqueza nacional. Se habla de expropiar tierras incultivadas y no se habla de expropiar capitales de bancos, que están más incultivados aún.

—¿...?

—El arancel aduanero es, como el traje que vestimos, acomodado a imposiciones de la Naturaleza, que no es dable al hombre modificar. Cada región debe hacer su arancel, según su necesidad, y ponerse abrigo donde haga frío y andar en carnes desnudas donde la temperatura se lo

consienta. En cuanto al sistema tributario, si la República conserva toda la anquilosada estructura burocrática del Estado monárquico — y bien se ve como ha provisto los altos cargos con sueldos opíparos, del Banco de Crédito Local, Patronato de Turismo, Consorcio Almadrabeto y demás engendros de la Dictadura—, la reforma tributaria será igual a las que intentaron las Cortes de 1922 y Calvo Sotelo, se aumentan los tributos unas cuantas décimas y pagando más parecerá el pueblo español el más rico de la tierra.

—¿...?

—Retirado de toda actuación política y creyendo que las actuales Cortes no son la Nación, sino un vil encasillado, no sé quiénes gobernarán ni creo que pueda gobernar medianamente Gobierno que tenga tan impuro origen.

—¿...?

—Las responsabilidades se deben exigir desde 1895, en que se lleva al pueblo español a las locuras de las injusticias y las guerras con Cuba y con Filipinas. Se debe crear un Tribunal Supremo de responsabilidades, con Jurado que diga dónde hubo culpabilidades y dónde no las hubo, limitándose los magistrados a dictar las sentencias. Se deben revisar, no ya las conductas de los que murieron, para infamar el nombre de muchos de ellos, sino revisar las fortunas que legaron, in-

cautarse de ellas y aplicarlas a amortizar deuda, porque eso sí que pesa en la desvalorización de la peseta y crea a la República un grave peligro al acercarse el pago de cada cupón.

—¿...?

—Soy un afiliado entusiasta de la Confederación Nacional del Trabajo, única esperanza de justicia revolucionaria que queda en España. No puedo decir más claramente mi pensamiento.

—¿...?

—Redacción a Redacción, me he ido ausentando voluntariamente de las de los periódicos madrileños. No me sentía bien en ellos con sus empresas industrializadas y aun algunas entregadas a extranjeros. Cuando escribo mi artículo diario para "El País", de la Habana, y mi crónica decenal en "El Diario Español", de Buenos Aires, me siento cohibido y amedrentado temiendo parecer poco español o mal español si hablo de esta República con la misma justicia, con la misma serenidad, con la misma honrada imparcialidad con que hablé de la monarquía. Así como antaño se invocaba el patriotismo para encubrir todas las vilezas y todas las rapacidades, se invoca ahora el "derrotismo" para hacer pasar como valores republicanos toda la vieja ideología española, que se impondrá, al cabo, y logrará consolidar un

régimen, concebido como la Ley electoral, que ha engendrado estas Cortes, y como el proyecto de Constitución, por Ossorio y Gallardo: "una monarquía sin rey", o mejor aún, "una monarquía desborbonizada".

—¿...?

—La política no me ha proporcionado ninguna alegría. Cuarenta años (toda mi vida periodística), se han cumplido ya, asistiendo muy de cerca al espectáculo triste de la gobernación de España. Cuando yo llegué en 1881 a la tribuna periodística del Congreso, estaba Cánovas del Castillo a la cabecera del banco azul, luego periodista o diputado, informador entrometido, o amigo, más o menos íntimo de algunos ministros y algún presidente, he sido testigo de casi medio siglo de indecisiones, de vacilaciones, de pesimismo, de cobardías, de resignaciones ante el ejército, de claudicaciones ante el episcopado, de complacencias con los financieros... Mi visión era que a España nunca la gobernaron sus gobernantes, aun los que parecían más dueños y dominadores de su posición. Canalejas y el mismo Maura, por ejemplo, sino poderes disimulados, ya que no ocultos. Aun tan apasionado español como yo soy, no podría proporcionarle ninguna alegría este espectáculo.

Antonio V. de la Villa

HOMENAJE MERECIDO "Crisol" regala una bandera al Cuerpo de Correos

MERECIDA, bien merecida ha sido la ofrenda que los antiguos periodistas que hicieron "Crisol" y que hoy hacen "Luz" han hecho al Cuerpo de Correos.

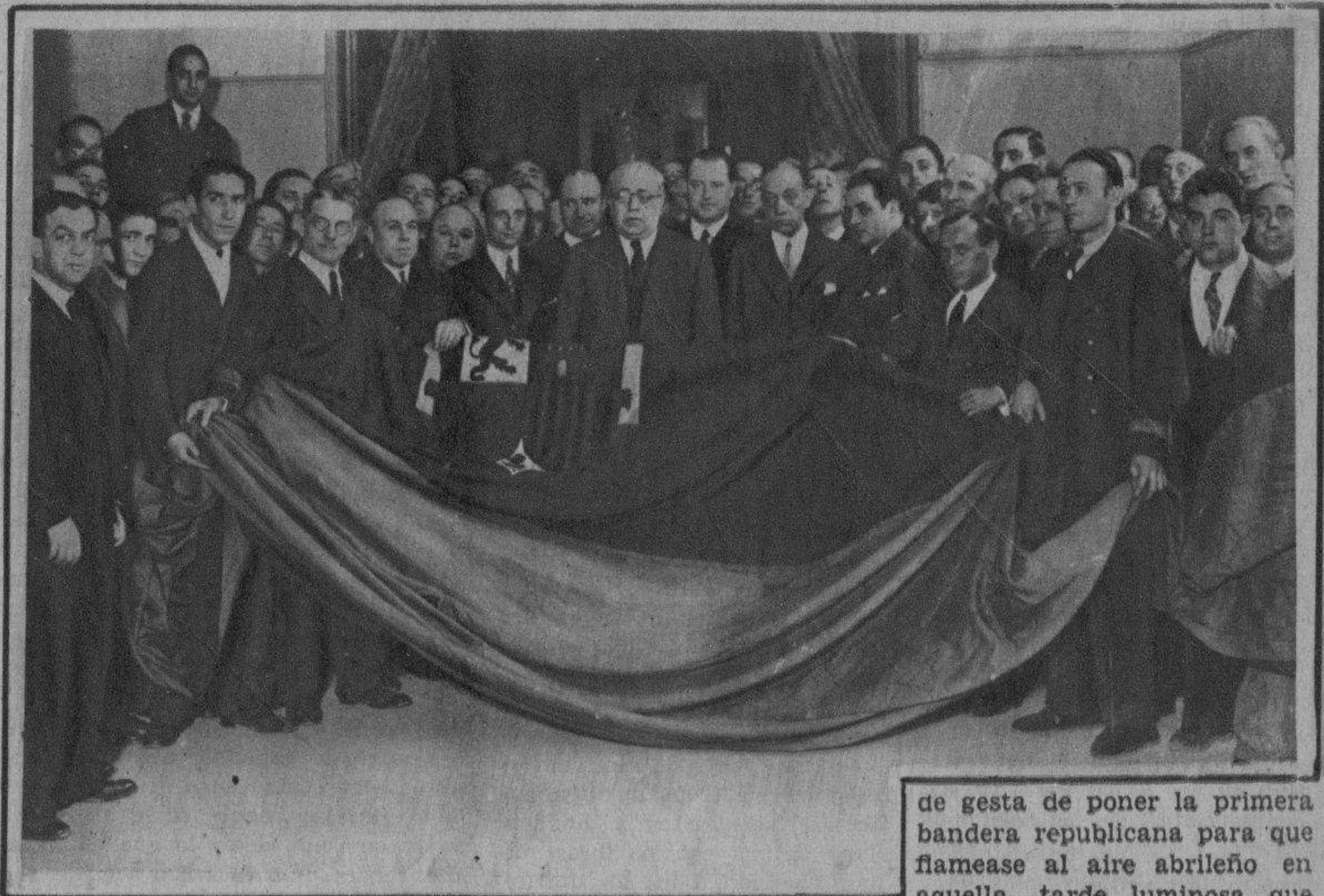
No tiene, como otros veces, un motivo baladí. No. "Crisol" ofreció esa bandera como homenaje a los que primero enarbolaron en Madrid, en un centro oficial, la bandera tricolor.

Yo recuerdo perfectamente como fué. Un grupo de oficiales del hoy Ministerio de Comunicaciones, de esos anónimos ciudadanos que más hicieron por el régimen actual, tuvieron conocimiento de que en algunos pueblos de España los Ayuntamientos habían proclamado la República, sin hacer caso a que en Madrid siguiera el Gabinete Aznar y el ex rey en Palacio. La cosa, en dichos pueblos, tendría más o menos importancia, pero en la capital de la Nación la tenía enormemente, pues era lanzarse a la ventura y a esperar, de que la República no viniese, aquellas sanciones tan fuertes que la monarquía tuvo por justicia y legalidad.

Los tranquilos ciudadanos madrileños, cuando pasaron por la Cibeles corrieron la noticia por los cafés, dando motivo a que en la calle de Alcalá se formasen, en media hora, corros y manifestaciones que, irrumpiendo en la Puerta del Sol dando vivas a la República, bambolearon la monarquía al convertir las calles y plazuelas en un clamor unánime.

"Estaba el horno para bollos", como diría cualquiera; pero ellos, el Cuerpo de Correos, fué quien adelantó la mano y sacó la carne del asador en una jugada de riesgo y suerte.

De todos los Cuerpos del Estado—sin desdoro para otros—fué siempre el de Correos el que más luchó a favor del nuevo régimen. Por ellos, más de una y otra vez supimos cosas que los elementos monárquicos ignoraban. Por ellos pudimos conspirar con entera franqueza, pues tanto los oficiales de este Cuerpo como los de Telégrafos, circularon órdenes, nos dieron contraseñas, nos



El Presidente del Consejo de ministros, señor Azaña, con el ministro de la Gobernación, el alcalde de Madrid, el subsecretario de Comunicaciones y otras personalidades, con la bandera regalada por «Crisol» al Cuerpo de Correos y Telégrafos, acto celebrado en el Palacio de Comunicaciones

ampararon cuando la correspondencia se violaba, sin que por un momento asomara en ninguno el interés o la sopletería. En una palabra, que sorda y calladamente colaboraron de una manera franca y noble, sintiendo la ciudadanía como pocos españoles la sintieron en las amargas horas de la Dictadura.

Es cierto que toda la Prensa de izquierdas supo subrayar a tiempo el gesto bravo de algunos oficiales de Comunicaciones, pero tuvo que ser un periódico netamente republicano quien lanzara la idea del regalo de la insignia nacional, como si sus redactores hubieran apreciado más que ningunos la gallardía brava y

de gesta de poner la primera bandera republicana para que flamease al aire abrilero en aquella tarde luminosa que expandió por Madrid la buena nueva del régimen que nacía immaculado como ejemplo cívico de un pueblo moderno.

No hace falta saber quién ni quiénes la pusieron, ni quiénes labraron la primera enseña tricolor. Están todos en el anónimo. Sus nombres no circularon en las columnas de los diarios. Cuando se les pregunta a algunos que quién fué el ejecutor, dice lo que dicen otros: "Los oficiales y personal subalterno de Comunicaciones".

Ellos fueron extraoficialmente los primeros republicanos de España...

J. BENJUMEA ROMAN



La Banda Republicana (antes de Alabarderos), tocando a la puerta del Palacio de Comunicaciones

PROSA DE HORAS

EL CASO FÍSICO Y ECONÓMICO DEL POETA

VILLAESPESA

POBRE Villaespesa! ¡Infortunado cantor de España en América, que al regresar a su patria tras muchos años de ausencia, lo hace sin dinero y enfermo. En su encierro casero, de cara al cristal de su balcón y pegado a una silla, ha creído en pocos días que el mundo se le venía encima, que su celebridad ya no era nada. Pero su nerviosismo, su miedo y todas las malas ideas que se alojaron en su mente, fueron pronto desvanecidas por la atención, el respeto y la ayuda desinteresada que le prestaron todos los artistas que a él han acudido para consolarle y echarle una mano como vulgarmente se dice. La gratitud de los españoles, de sus compatriotas, de sus hermanos de ideal se ha puesto bien pronto de manifiesto, por cuanto ellos, todos, han cooperado con entusiasmo y fervor al buen éxito del festival organizado en su favor, función que al mismo tiempo que de homenaje sirve para aliviar su angustiosa situación. Por tanto, cuando estas líneas se publiquen, ya Villaespesa habrá gustado del aplauso del público madrileño y acaso haya sentido también el fuego de sus lágrimas resbalar por sus

mejillas. Bien merece ayuda quien lejos de su patria la exaltó en versos bella y noblemente, quien en verdadera peregrinación artística por todas las repúblicas americanas, llevó a cabo una verdadera y meritísima labor de acercamiento hispano-americano.

Villaespesa, este «faraón de los versos alejandrinos», posee el alma de un niño, la evocación de la distancia; un sol genial que se refleja en su frente. Pálido, con palidez patológica y la sonrisa presa ha llegado a nosotros. Por sus ojos han entrado los sufrimientos en tropel y los han hecho más tristes y hondos. Sus palabras, esas palabras que han recogido todos los diarios de la capital de la República, tienen un tono suplicante, de conmiseración, que fuerzan a conmoverse al más duro. Ha dicho el poeta: «Sólo quiero pan para mis hijos. Que a ellos y mi dulce compañera no les ahogue la necesidad». Y su voz ha sido oída, como remedio a sus males, en favor de sus desdichas y contento de los suyos.

Ahora que es cuando más falta le hacía trabajar al poe-

ta, el destino se le muestra adverso en ese aspecto. Una maldita hemiplejía le imposibilita escribir y hasta casi tenerse de pie. Qué distinto de este Villaespesa al que yo conocí años atrás en Madrid, cuando todavía se respiraba un poco de romanticismo y se veían poetas de pipa y chalina. Entonces era sonriente, amable y encendido. Un mechón de pelo le caía sobre la frente y los ojos de moro le brillaban cada vez que nos recitaba alguno de esos poemas que tanto prestigio le han dado fuera y dentro de España. Entonces, repito, no tenía tanto despego a la gloria y menos se le hubiera ocurrido decir lo que ha dicho hace unos días con acento un tanto amargado: «¡Gloria! Se ha acabado para mí. Mi obra se ha acabado. Está hecha; pero no la tengo a mi alcance».

Pero el caso es que Villaespesa con unas cosas y otras se ha hecho viejo antes de tiempo. ¡El que parecía la juventud perpetua, pese a tener su rostro pálido o aceitunado y algunos surcos en el rostro...! Sin duda que la culpa es de

esa maldita enfermedad que lo atenaza físicamente, así como también de la revolución surgida inopinadamente en el Brasil que lo ha hecho venir precipitadamente a su patria, dejando toda su producción en banda, todo su esfuerzo y trabajo intelectual de quince años. Sólo ha venido con lo puesto y protegido aquí por Lerroux. Lo demás, todos lo sabemos.

No obstante Villaespesa, cuando esté libre de su nerviosismo, lejos de maquinaciones desagradables y una vez salve la enfermedad que le aqueja, a no dudar que volverá a ser amante de la gloria o más que antes. Al ver en su casa todo eso que constituye su tesoro intelectual, su precioso bagaje pendiente de un litigio, a buen seguro que sus ojos volverán a llenarse de fuego y su sonrisa será puesta en libertad. Pero en tanto eso llega—aun salvadas sus necesidades perentorias— seguirá mirando a la calle desde su encierro hogareño, pegado a su silla y pensando en lo que ha dejado «allá»... Toda su producción teatral, poética y literaria. La obra de quince años, que Dios sabe cuando volverá a él.

Manuel P. de Somacarrera

Que el alcalde de El Toboso, que es monárquico, intentó asaltar la casa del maestro de escuela, por resentimientos personales, pero el vecindario en masa, se lo impidió.

Inconvenientes de que haya en los pueblos, alcaldes analfabetos.

Muchas veces la incultura y la incivilidad no está en las masas, sino en los dirigentes.

¡Y pensar que ese alcalde, es el del pueblo de Ducinea!

Que la enfermedad del sueño hace estragos en nuestras colonias de Fernando Póo y de la Guinea continental.

¿Por qué no enviamos allí a los perturbadores de la República, altos y bajos, de la extrema izquierda y de la extrema derecha, para ver si cogen un sueño de unos cuantos años, y nos dejan tranquilos a todos y a la República?

Que los drogueros de Asturias han acordado el cierre con carácter indefinido, lo

LEEMOS:

mismo que los del resto de España—salvo contadas excepciones—, como protesta contra la prohibición de la venta de especialidades farmacéuticas.

No nos parece mal tal decisión.

Ahora, que el Gobierno, debiera acordar el cierre definitivo, para siempre, de el cincuenta por ciento de las droguerías y tiendas de comestibles, aprovechando la ocasión que le brindan los protestantes, para lograr el abaratamiento de los artículos de primera necesidad y de las especialidades farmacéuticas.

Porque hoy, ni se puede comer, ni se puede estar enfermo.

Y encima, pretenderán hacernos creer los drogueros y los tenderos de comestibles, que no ganan nada y han de poner dinero.

¡Guasones!

Que en Gandía, algunos espectadores de un cine, indignados porque se había cortado varias veces la cinta, arrojaron desde el primer piso al patio de butacas gran cantidad de asientos.

Tales espectadores, perdieron los estribos, y echaron mano de una concordancia vizcaína.

¿Para protestar contra la empresa del cine, echaron los asientos encima del público de butacas?

Ya estamos viendo a éste, arrojando los proyectiles a los porteros y acomodadores, para que, a su vez, éstos, los lanzaran contra la empresa.

A ver si, al fin, la misma se enteraba de la protesta.

Que el multimillonario señor Rothschild ha marchado al Congo, para cazar elefantes.

¡Un señor de sesenta años y con muchísimos millones, que

no sabiendo en que emplear el tiempo y el dinero, se larga a la caza del elefante!

¡Con las cosas útiles que se pueden hacer en el mundo, teniendo tiempo y dinero!

Que los amigos de lo ajeno, se han llevado de la caja del Ayuntamiento de Villanueva de los Castillejos, 5.580 pesetas.

Y lo chocante del caso, es que al ser interrogado el secretario-depositario y el alcalde accidental, no pudieron concretar si había más dinero en la Caja, por tener las llaves de ella, el alcalde efectivo, que está preso en Ayamonte, acusado de malversación de los fondos municipales.

¡Pues están lucidos los vecinos de Villanueva de los Castillejos!

El alcalde preso por malversar el dinero del pueblo, y, por si esto era poco, les roban los cuatro cuartos que les quedaban en la Caja municipal.

Las desdichas, nunca vienen solas...

CASTAS DE GOBERNANTES, NO

POR LA PUREZA DEL RÉGIMEN REPUBLICANO

ROTAS las viejas prácticas y el régimen caído, acabaron las crisis de alcoba real. Los políticos de casta, los servidores del rey, los enterradores de España, pertenecen a un pasado vergonzoso y trágico.

La más alta función del Estado se reservaba a los políticos de flexibilidad cortésana. Aquel régimen de excepción estaba reñido con la democracia. Contra sus esencias conspiró el rey, rompiendo el juramento, por la Constitución de 1876.

La monarquía era una charca inmundia corruptora del pensamiento y de la voluntad de los hombres que por equivocación se acercaban al déspota para infiltrar su liberalismo en las leyes del país.

Las carteras de ministro eran otorgadas a los adictos, a los resignados con la ruina de la patria. Los titulares de las carteras eran siempre los mismos hombres favorecidos por la confianza del soberano. En liberal y conservador, se gobernaba a gusto del tirano. Se formaban las clientelas capitaneadas por los incondicionales de don Alfonso, hasta que todo se hundió para siempre. El 14 de abril de 1931 comenzó para España una vida nueva, henchida de esperanzas, pero con las indecisiones de los primeros pasos en el mundo de la política nacional.

Era lógico y natural que el primer Gobierno de la República estuviese formado por todos los hombres representativos de las fracciones políticas, enfrentadas contra el viejo régimen, para contribuir a la caída del apóstata.

Esos hombres representativos eran los llamados a presidir la elaboración del código fundamental del nuevo ré-

gimen. Sancionada la nueva Constitución y planteada la primera crisis ante unas Cortes que siguen siendo las elegidas en 28 de junio, debía mantenerse en el Poder moderador la representación proporcional que reclama la doctrina democrática, amparadora del derecho de todas las representaciones políticas de matiz izquierdista, naturalmente, ya que los elementos derechistas por su insignificancia y por no haber luchado por el triunfo de la República, no tienen derecho a compartir las responsabilidades del Poder público.

Y ya en pleno régimen democrático, bajo cuya égida deben desaparecer las castas y caudillajes, los privilegios y las vinculaciones de cargos en determinados individuos, precisaba que en el segundo Gobierno de la República se rindiese culto a las prerrogativas del derecho de todos los hombres representativos a ocupar los ministerios.

Tiene explicación el que un partido, en nombre de su de-

recho, imponga a su jefe la misión de desempeñar una cartera, pero donde no existe jefe indiscutible se impone la sustitución, tan frecuente como se pueda, en los elevados puestos.

Ahora se ha visto cómo en el horizonte político se perfilan nuevas castas de gobernantes. Partidos de representación espléndida, de individualidades muy acusadas, no han tenido el acierto o el tesón de ofrecer al país nuevas figuras de gobernantes. Vincular la responsabilidad de un ministerio en las mismas personas es no sólo contrario al espíritu renovador de la democracia republicana, sino que es abrir un cauce a las corruptelas del desgaste político, perjuicio de los intereses nacionales.

Pero esta vez quienes podrían haber dado la sensación de utilidad y conveniencia en un mismo ministerio, han cambiado de cartera, al igual que en tiempos del régimen caído. No parece sino que surgen, como por encanto, al

calor de la política, hombres cuya mentalidad les convierte en aptos para ocupar todos los ministerios.

Si los mismos partidos no cuidan de renovar sus propios valores, la opinión pública les negará su confianza.

No hay nada que desgaste tanto la reputación de un estadista como una prolongada gestión. En torno del mandarán acuden los logreros, los especuladores de mala ley y cuantos buscan en el halago el favor personal y de clase.

Los ministerios han de estar abiertos a todos los espíritus que sientan el estímulo de la emulación para ser útiles a España. Así los partidos serán escuelas de buenas costumbres políticas, en las que triunfarán la voluntad y el talento de los verdaderos patriotas, cerrándose el paso a los que buscan eternizarse en los ministerios, sean los que sean, con tal de ocuparlos, para vender muy caro al país su destreza en el arte de escalar cumbres.

La República ha de acabar para siempre con las castas de gobernantes si no quiere verse escarnecida por los profesionales de la política y odiada por el pueblo que hasta ahora soportó a éstos con mansedumbre de esclavo.

Lorenzo PAHISA

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE", PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en
 calle de pueblo de
 provincia de se suscribe por
 a la calle. Firma

Remítase este Boletín a la Administración de LA CALLE, Pl. Cataluña, 9.—BARCELONA

CONSUMATUM EST

GLORIA IN EXCELSIS DEI

TRATANDOSE de cosas eclesiásticas o que tienen relación directa con la Iglesia, es propio empezar con el canto de alabanza a Dios.

Sin la voluntad de Dios no se mueve la hoja del árbol; sin la voluntad de Dios no hubiera sido posible la disolución, en el orden civil, de una de las más tenaces milicias de la Iglesia: la "Compañía de Jesús".

Cuenta esa Compañía, que fundara aquel iluminado (que significa enagenado) ex capitán de milicias terrenas, Ignacio de Loyola, con un archivo copioso de obras, convertidas en hechos, que la acreditan como sostenedora, por todas las cinco partes del mundo, de cuantos regímenes políticos y Gobiernos se le han rendido, bien a sus ordenaciones, ya a sus mandatos.

En muy diversas ocasiones llegó la Compañía hasta enfrentarse con el Poder papal. Algunos Vicarios de Cristo pagaron con la vida su desobediencia a la Compañía, que tiene y ha tenido siempre por norma la supeditación a su poder de todos los Poderes de la tierra; la voluntad ajena, sumisa a su voluntad imperativa; la obediencia ciega de los suyos y de toda persona extraña a los mandatos de sus Provinciales y, sobre todo, a la de su Preósito, Pontífice máximo de la hoy disuelta milicia.

En la mayor parte de las naciones dominó la Compañía de Jesús, y de cuantas tuvo el dominio fué expulsada, por decisión de los pueblos o por acuerdos legales de los Estados.

Adquiere el dominio de esa Compañía diversas formas; ora es espiritual, ora de captación; ora de malicioso engaño; ora de fementidas insidias y calumniosas especies; ora de soborno y compra cautelosa de conciencias; ora de conspiraciones tenebrosamente urdidas, al objeto de conseguir los fines sin reparar en los medios; ora de contumaz rebeldía e inducciones a crímenes políticos o privados, cuando Privados o Gobiernos se colocaron en posiciones de franco desafecto o de abierta pugna por sostener antiguas regalías o fueros de la potestad civil. Que de todo hizo y a todo llegó la Compañía de Jesús.

En su Índice y en su Fichero, que es el más completo fichero que existe, se hallan anotadas cuantas particularidades conviene a la Compañía conocer, de individuos, ya sea en el orden privado o familiar, ya en el público, social o político.

Sus Constituciones, que tienen sumo cuidado de no hacer públicas si no es con variantes (supresiones o reformaciones), contienen algunas Bases que, de ser conocidas, pensaría la gente si esas "Bases" están inspiradas por un espíritu maligno, perverso, absorbente, ajeno al principio de la moral universal. Confirma el hecho "La Monita Secreta" y la obra del Padre Mir, de la Compañía de Jesús, y que no se publicó hasta su muerte por disposición suya. Y ya sabe la Compañía lo que sucedió con este motivo.

Tiene, además, la Compañía, para instrucción reservada de sus confesores, siete formas distintas de ordenamientos aplicables a cada una de las persona penitentes que ansían ser redimidas de sus culpas, en el confesonario, según sea la clase social a que pertenezcan cada una de esas personas.

Así, confiesan a los servidores o criados de un modo; a los trabajadores, de otro; a la clase media, de otro; a la aristocracia y alta burguesía, de otro; a los que ocupan elevados cargos, en las armas o en la gobernación del país, de otro; a los jefes de Estado, de otro.

Para cada cual de esas almas afligidas tienen los confesores de la milicia jesuítica una norma y una manga más o menos ancha.

A todas las consuelan; a todas las previenen; a todas las inducen; a todas las obligan, en nombre de Dios y de la santa obediencia a la Compañía, y con todas ellas forman su rebaño de siervos que, cuando a la Compañía le conviene, aulla, vocifera, grita, conspira o empuña el arma homicida

en sediciones, motines o atentados individuales si algún jefe de Gobierno o Estado es tenido como déspota al que hay que inmolar por hereje, insumiso o tirano, con arreglo a la doctrina del regicidio del historiador Padre Mariana.

El Gobierno de la República ha cumplido, por instinto de conservación, el mandato constitucional de la disolución de la Compañía de Jesús.

Desde ahora estará regulada por la ley de Asociaciones.

Mas tenga en cuenta el Gobierno que no por ello ha desaparecido el peligro. La sierpe rastreará con más ahinco, con mayor furor aún para inyectar en el cuerpo social el veneno de las glándulas de su Orden. No ha de perder medio ni ocasión.

El Poder ejecutivo ha de tener, de aquí en adelante, cien ojos y cien oídos.

Ha de adquirir el sexto sentido (que es el de enterarse de las cosas), de que hasta el presente ha carecido y, sobre todo, agudizarlo.

Lo sucedido recientemente en Cataluña es una prueba de que carecía de él.

Cuando en toda la región se hablaba públicamente, sin recato ni reservas, de lo que iba a acaecer, ni aun el representante oficial del Gobierno en la provincia de Barcelona se había enterado. El alcalde sí que lo estaba, cuando se hizo llevar su cama a la residencia oficial.

Las Cortes mismas dieron también notoria prueba de desconocimiento y de incomprensión. Hasta que no se produjo el alzamiento sedicioso, ningún diputado se cuidó de dar la voz de alarma de lo que se estaba tramando.

Gobernar es prever; es tener el oído despierto como la liebre, y la vista de lince. Porque aplicar el bisturí y el termocauterio cuando ha brotado a la superficie el foco infeccioso, eso está al alcance de cualquier ciudadano que disponga de medios.

Todo experto gobernante precisa la condición del "ojo clínico" del médico que inquiere, que observa los primeros síntomas patológicos a fin de salirle al paso a la enfermedad y contener, con la aplicación de medios terapéuticos o quirúrgicos, el desarrollo de la infección o dolencia.

Y no es que nosotros consideremos que las turbulencias y desmanes, de índole social, que vienen produciéndose son todas debidas a la acción ofensiva (para ellos defensiva) de ciertas y determinadas órdenes religiosas.

Existen también otros factores o elementos que por analogía coadyuvan a producir y sostener el estado de intranquilidad, de zozobra, de inercia o paralización en los negocios, de descrédito para la República en el conjunto de los pueblos que la forman.

Son unos los intereses separatistas encubiertos bajo la forma nacionalista; son otros los postulados de la doctrina anarquista y comunista; de los rudos procedimientos sindicalistas; del fósil del tradicionalismo; de los soliviantados egoísmos de una parte de los terratenientes; de la sórdida avaricia de los judíos (considerados en el sentido ético), alta banca y negociantes financieros; son, en fin, también sectores sociales que creen de buena fe que la Constitución y el Poder ejecutivo hieren a mansalva sus sentimientos religiosos.

Todas estas gentes, todos estos factores, todos estos elementos, cada cual de ellos de un modo distinto y a veces combinados, se agitan, trabajan, conspiran y obstaculizan el desenvolvimiento normal de la Nación, deteniendo su ritmo para producir el quebranto del régimen republicano.

Al Gobierno toca, con su decisión, con su energía, detener en su proceso esos focos infecciosos y purulentos, a fin de que no se vuelvan a manifestar como se han manifestado en la región catalana ha pocos días, evitando el contagio a las demás ciudades, aldeas y villorios de España.

Ricardo GARCIA PRIETO

DESDE NUEVA YORK

EL GOBIERNO PRÁCTICO

NO es ninguna novedad para el lector decirle que la crisis mayor del mundo desde que terminó la guerra europea se halla en la falta casi absoluta de verdaderos líderes. ¿Causas? La hegemonía de la política sobre las necesidades económicas del pueblo. La política, en su forma conocida, consume las energías creadoras que aplicadas a fines prácticos y de organización nos llevarían, sin duda, al grado de eficiencia que exigen para ser solucionados los complejos problemas nacidos de la industrialización.

El político al uso debe encarnar los principios nacionalistas del país a que pertenezca; en una forma u otra las aptitudes constructivas que posea están ligadas a intereses ajenos a los de la masa. Su labor es emocional más que serena. De su palabra depende muchas veces el éxito, o sea que sus victorias obedecen en la mayor parte a sus habilidades oratorias. El político personaliza sus actividades contra los oponentes de su ideario casi siempre a base de perjuicios que le ocultan las enseñanzas utilizables que pueda ofrecer el contrario. Consecuentemente, el pueblo, con su fina y a veces inconsciente percepción, se ha apartado más y más de los profesionales de la política, creando así uno de los problemas cívicos trascendentales de esta época; así también, hemos visto como en países gobernados por dictadores despreciables, la masa no se ha opuesto a ellos mientras su bienestar material era favorecido por las medidas artificiales del gobierno de hecho.

En el caso de la España anterior a la República, las prácticas políticas olvidaron o desestimaron por incapacidad de resolverlas, las cuestiones de puro orden económico y social que atenazaban y atenazan todavía al país. De este hecho proviene la falta de hombres preparados que se observa en España cuando se sigue y estudia el desarrollo de los acontecimientos desde el 12 de abril de 1931.

Al decir «preparados», no nos referimos a la insuficiencia de conocimientos por parte de las personas que ocupan los

puestos-llaves, como dirían por la tierra desde donde escribe este corresponsal, sino que aducimos al espíritu político a la antigua usanza que predomina en muchos de los caudillos. Es evidente que los «compromisos», «alianzas» y «pactos» siguen figurando como elementos para llegar a las

componendas que sólo culminan las obras a medias. Nunca hasta hoy ha sido factible la presentación de un esquema que estudie y enlace la producción, distribución y salario. Teniendo a la vista estadísticas, opiniones, informes bancarios y correspondencia de personas autorizadas, no po-

demos por menos que reconocer una anarquía casi absoluta en lo que concierne a métodos organizadores. No ocurre lo mismo con los discursos políticos; en nuestros archivos contamos con centenares. El último de ellos (Ortega y Gasset en el Cine de la Opera de Madrid), constituye una pieza de oratoria filosófica espléndida, ante la cual rendimos nuestra modesta admiración. Sin embargo, nos desconcierta y confunde el párrafo final: «Hemos de organizar la alegría de España». Estas palabras, emitidas por un hombre a cuyas luces bien querrían las nuestras acercarse, nos han dejado, como hemos dicho, desconcertados; porque en realidad no nos dan ninguna fórmula que encauce la finalidad económica y social del Estado. Desde luego se nos escapa la finísima sutileza que tienen todas las apreciaciones del señor Ortega y Gasset, pero a nuestro entender España se encuentra en momentos que sólo puede resolverlos la capacidad directiva de un gobierno técnico.

No es necesario que por técnico se entienda al científico materialista apartado de las miserias que presenciamos a cada paso. Hablamos del hombre que ponga al servicio de la nación—de los muchos, no de los menos—el resultado de sus estudios sociológicos o económicos en el caso que sea; un grupo de hombres que considerando la riqueza del país y su población como simples materiales primas, establezca las medidas que el pueblo espera.

La obstrucción, ese instrumento socorrido de las prácticas políticas, elimina constantemente la mayoría de las disposiciones de orden práctico que tratan de llevarse a cabo. Es un Molok que consume insaciable las iniciativas de aquellos que por su plataforma política tienen la mala suerte de figurar en la «oposición». El político, por su especialísima idiosincrasia, pasa por la tragedia de ver los problemas muy de cerca y no obstante sus manos casi nunca los alcanzan.

José M. ESCUDER

Enero, 1932.

EL LIBRO DE IDEAS

«Jaque Mate», por Rosa Arciniega. (Renacimiento Madrid)

EN «Engranajes», primer libro de esta eminente pensadora y citilista, aparece la masa aplastando al individuo; la irreflexión de lo circunstancial—«fatalizado» o inexorable—hollando, desmenuzando a la personalidad, a lo específico del hombre.

Ahora, al escribir «Jaque Mate», Rosa Arciniega, ha invertido el catalejo. «Jaque Mate» es la trayectoria del sujeto lanzado desde la cuna a la conquista del mundo, por imperativo psicológico. Y es, por tanto, el caso-unidad, raramente dado en el transcurso del tiempo. La dominación del individuo sobre la masa, la preponderancia de una voluntad, de un cerebro, de un brazo, sobre las cien mil voluntades, los cien mil cerebros, los doscientos mil brazos de una colectividad.

Pero lo más importante, y así en la primera producción de la ilustre novelista peruana, no es la figura, sino el panorama; no el perfil, sino la perspectiva; no—y esto lo hemos dicho en otro lugar—la «prominencia», sino la «llanura».

Ese panorama, esa perspectiva, esa «llanura», que busca—y encuentra—, que intuye—y realiza—la autora de «Jaque Mate», es tanto más interesante cuanto que significan, sintetizan el momento actual del Universo con su lucha económico-social, que no político-

económica, trasunto de una etapa nerviosista, hiperdinámica y febril, ondulación posterior al encrespamiento de la última hecatombe; etapa, cuya característica es la desorientación, la incertidumbre, el miedo al porvenir y el desequilibrio.

Amplísimo campo de operaciones, predilecto de Rosa Arciniega, como emplazamiento único de todas las realidades...

Ante el libro, como dos columnas en que se apoyara el «tema», «Dos estampas preliminares» («Una firma» y «Segunda firma»), con las que la novelista anuncia lo que el libro va a ser, sin decirlo, mediante dos «movimientos sin importancia», dos rúbricas de dos hombres insignificantes que, sin embargo, actúan fatalmente de árbitros de vida y muerte; idea sencilla, grande por eso, imponderable por eso, llevada al logro con una técnica que yo llamaría «ramonista» si Gómez de Serna fuera un escritor profundo...

Rosa Arciniega prepara un nuevo libro, «Mälström» (transitando por los tiempos actuales). Preparémonos a acogerle con toda la avidez a que, por lo editado, se hace acreedor lo inédito de esta joven publicista, que muy pronto llegará a la categoría de primera firma de nuestra literatura trascendental.

TORRES TRELLES

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE «LA CALLE»,
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

COMO VIVEN LOS POBRES

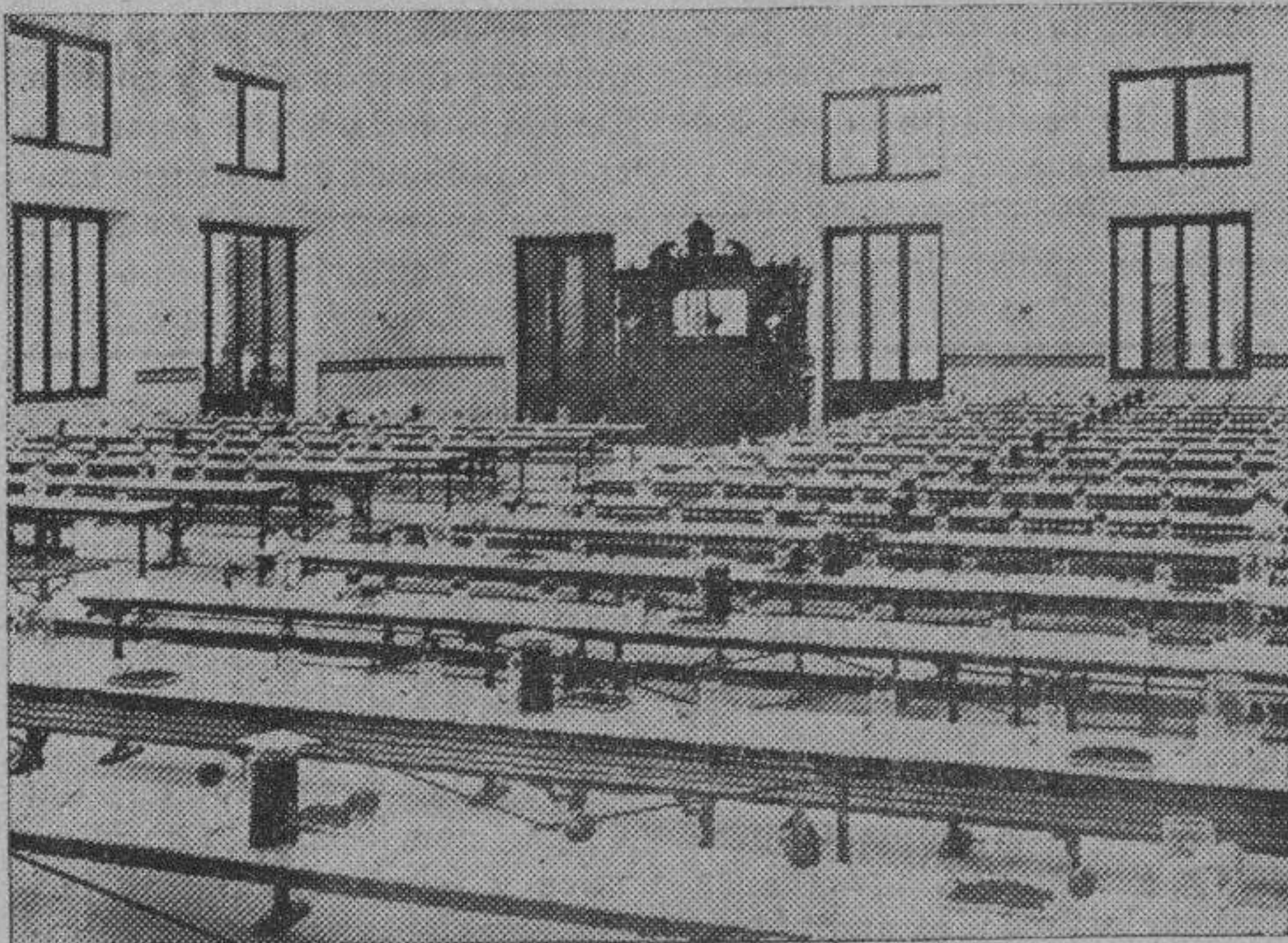
UNA VISITA A LA ASOCIACION VALENCIANA DE CARIDAD

ANTECEDENTES

HACE veinticinco años, cuando Valencia era todavía una capital de provincia, ataviada con el ropaje típico de sus callejuelas destartalladas, sus tranvías semi-rotos, tirados a veces—no siempre—por una pareja de caballos en cuyos costillares se podía muy bien acompañar una jota, y el bigote erizado de los valencianos se alzaba majestuoso sobre la epidermis del labio superior, surgió como una chispa, la idea—la feliz idea—de fundar una entidad, para asistir a los pocos necesitados que había por entonces. Y acogida bajo los auspicios de don José Sanchis Bergón en compañía de un grupo de filántropos capaces de desafiar «las crudas noches del helado invierno», como diría Becquer, por socorrer a los pordioseros que vagabundeaban por las afueras de la capital, fué creciendo y aumentándose considerablemente el número de sus afiliados, hasta llegar a constituir lo que hoy se llama Asociación Valenciana de Caridad.

OBJETO

Este establecimiento benéfico que fundó aquel grupo de santos varones, no tenía otro objeto que el de socorrer a las familias de los necesitados, siempre que éstas pertenecieran a una de las tres provincias que forman el reino de Valencia. Claro está, que a los transeúntes, a los pobres que viniesen de fuera, se les asistía y hasta se les pagaba el viaje, si era necesario, para trasladarse a su pueblo natal. De esta forma, la Asociación, marchaba sobre ruedas de plata, aumentando días tras día su patrimonio; pero, con el advenimiento de la República, llegó también aquel aluvión de huelgas, los disturbios sociales, el cierre de algunas fábricas, el paro forzoso en un sector considerable de industrias, porque la libertad que se nos dió se tomó como libertinaje, y todos estos accidentes repercutieron, como era de esperar, en el comedor de la Asociación, que llegó a repartir—no hace mucho tiempo—2.300 raciones todas las comidas.



El comedor espera, vacío, resguardado en la concavidad de sus cuatro paredes, la hora llegada para atiborrarse de muchedumbre...

ASPECTO

El clima de Levante, su abundante y bien cacareada huerta, la riqueza de su suelo, pródigo casi, comparado con las grandes y estériles esplanadas de Andalucía, fué como un pregón vociferado en todos los ámbitos de España, para que vinieran aquí los «sin trabajo» de todas las provincias. «¡A Valencia, a Valencia—decían—que dan de comer; allí pasaremos una temporada, hasta que pase la crisis!» Y se venían atraídos por tan haladoras esperanzas, creyendo a

pies juntillas, que en Valencia había «todo». Pero sucedió, lo que inevitablemente había de suceder, que Valencia se dió cuenta pronto de la riada de pobres que se venía sobre ella; puso de su parte lo que pudo para sostener aquel regimiento de hombres jóvenes, que paseaban por las principales calles de la ciudad con los brazos arremangados, imponiendo respeto y... temor, pero no le fué posible—a pesar de sus esfuerzos—atender como hubiera querido, a sus «vecinos», y se organizó inmediatamente el servicio de la Asociación.



He aquí uno de los corredores de la Asociación repleto de mujeres y niños, que acuden a satisfacer la necesidad de sus estómagos

UN CAMBIO RADICAL

Desde que se promovieron aquellos escándalos mayúsculos, por culpa de algunos elementos perturbadores, ya no se ha separado de la casa la pareja de agentes públicos, que vigila constantemente los corrillos que se forman en la puerta o pasea de un lado para otro, haciéndose cosquillas con el sable. El ambiente ha cambiado radicalmente; antes, cuando la disciplina corría a cargo de la Asociación, todo eran mítines, alborotos, gritos, discrepancias...; ahora no, ahora pueden ir ya las personas honradas, los obreros parados, los verdaderos sin trabajo; allí se les asiste, se les respeta, se les quiere. Una prueba palpable del cambio que se ha observado en este establecimiento; nos las da la tranquilidad, el silencio, la educación, los modales que usan los que van a comer.

DON ANTONIO SILVENTE, DELEGADO GUBERNATIVO DICE:

—¿Cómo funciona la Asociación?—le pregunto.

—Pase al comedor—me indica—usted mismo lo puede ver.

Unos pasos—muy pocos—y nos hallamos en el amplio local, donde reciben alimento aquellas personas que, careciendo de bienes o medios de vida, se verían precisados a robar, a matar o a tirarse bajo las ruedas de un vehículo, si no existiese esta institución.

—¿Cómo—observo—pero están aquí todos los sin trabajo?

—No, aquí hay muy pocos obreros de los parados; la mayoría son de fuera, extranjeros... Fijese el aspecto que tiene el comedor.

En efecto; los bancos están totalmente ocupados de súbditos portugueses, franceses, alemanes, algunos—muchos—españoles: andaluces, gallegos...

—¿Y los valencianos?

—Esos se ve que lo pasan bastante bien por ahora.

—¿No vienen?

—Muy pocos, tan pocos, que me atrevería a decir que no hay ni un veinticinco por ciento.

—¿Y a qué obedece?

—Los valencianos son retraídos, pundonorosos; allá en el fondo de sus corazones 'es queda su poquitín de orgullo, que les detiene a venir aquí. Prefieren empeñar la última prenda de su indumentaria, a pasar por el trance de comer en la «casa de caridad». Yo invito a veces a los que vienen para que se traigan a sus familias y me contestan la mayoría de ellos, que no vienen porque tienen «vergüenza»...

—Ejemplo magnífico, ¿no?

—Según; después de todo, esto, en las circunstancias actuales, no es ya una casa de caridad, sino un centro de asistencia social; desde ese punto, como comprenderá, cambia mucho el sentido de la limosna.

—¿Qué hacen ustedes con los pobres que vienen aquí por primera vez?

—Se les exige documentación, algo que acredite su identidad; después, si son forasteros—quiere decir si no pertenecen a una de las tres provincias que forman el reino de Valencia o residen por lo menos dos años en esta capital—se les entrega un volante, con el cual pueden recibir alimento durante tres días consecutivos. Si durante ese plazo no han hecho diligencias para marcharse, buscar trabajo o algo que les reintegre a la vida normal, ponemos amablemente en su conocimiento, la necesidad que tienen de hacerlo. Una vez hechas todas estas operaciones, ya obramos según las circunstancias. A los obreros sin trabajo o pobres propiamente dichos, que viven más de dos años aquí, se les asiste durante tiempo indefinido. El trato, desde luego, para todos iguales.



Y tranquilizados ya por el cariño con que se les recibe, se preparan a digerir los alimentos que les sirven estas mujercitas de la cofia

¿QUE ES LA PATRIA?

NO formemos un falso concepto de la patria. Averiguemos lo que es la patria.

Es cierto que las montañas que hemos visto desde nuestra niñez, los árboles a cuya sombra hemos jugado con nuestros hermanos, el mar en cuyas playas hemos pasado los risueños días de nuestra juventud, es innegable que todos estos objetos tienen dulcísimo atractivo para nosotros. Pero, ¿esto es la patria?

Si se quiere, esa es la patria pequeña; pero la patria grande, la verdadera patria nuestra, es el planeta que habitamos. El hombre tiene aptitudes y energías para adaptarse a todos los climas y a todas las latitudes; lo cual demuestra que la Naturaleza no ha querido ligarle a región alguna determinada y le ha hecho ciudadano de la tierra.

El temor de emigrar a países desconocidos, porque allí es posible encontrar otras condiciones para la vida, es igualmente pueril e infundado. Sea cualquiera el país a donde nos lleve nuestro destino, allí encontraremos hombres civilizados, salvajes, diferentes acaso de nosotros por el color de la piel, por el vestido, por diferencias accidentales, pero hombres como lo que conocemos por aquí, unos buenos, otros defectuosos, pero, en último término, iguales esencialmente a nosotros. La tierra es un gran palacio destinado por la Naturaleza para que viva una familia, la Humanidad. Allí donde vayamos veremos inquilinos de este palacio e individuos de esa gran familia.

Luis UMBERT

—¿Cómo reparten la comida?

—Cuando se halla ya preparada, se llaman a dos individuos de los que están sentados en las mesas y se les invita para que la prueben; después, una vez reconocida por ellos, se procede inmediatamente a hacer el reparto; a cada uno se le da lo que cree él que tiene bastante. Esto, naturalmente, sin perjuicio para repetir cuando se lo terminan, si tienen más apetito.

GASTOS QUE TIENE LA ASOCIACION

Don Lucas Ferrer, administrador de la Asociación, perio-

distista y hombre de ideas «puras» en toda la extensión de la palabra, nos recibe con esa seriedad tan propia en los veteranos del periodismo.

—Dígame: ¿de qué se mantiene la Asociación?

—De la caridad popular; hay una cantidad equis de socios, que contribuyen a su sostenimiento.

—¿Gasta ahora mucho en la manutención de los pobres?

—Unas 1.500 pesetas aproximadamente diarias; es un gasto que no podemos llevar por mucho tiempo; pues a principios de año nuevo, si continúa esto así, habrá un déficit de 80.000 pesetas.

—¿Y el Ayuntamiento, no contribuye con nada?

—Sí, es uno de los principales sostenedores, pero no es suficiente lo que nos entrega; debía— a mi entender — ayudarnos todavía más. Ahora se ha nombrado una comisión para ver de la forma que se puede arreglar este asunto; veremos...

—¿Vienen muchos a comer estos días?

—Un promedio de 1.200.

—¿A cómo resulta cada ración?

—Sobre cuarenta céntimos, aproximadamente.

—¿Tienen otros gastos?

—Muchos: además de la comida, pagamos las habitaciones de algunos de los protegidos, los viajes de los pobres transeúntes para trasladarse a su pueblo natal que no pueden hacerlo por carretera; también compramos a veces ropas para los niños o los ancianos; en fin, ponemos de nuestra parte todo lo que se halla a nuestro alcance, para remediar el estado lamentable en que caen los expulsados por la Sociedad...

BLANCO

Valencia tiene una Asociación, donde los pobres encuentran el alivio de la caridad; es necesario, es preciso, absolutamente preciso, que sepan esto todos los valencianos. Por otro lado, a la lista de los que contribuyen a su sostenimiento, hace falta añadir muchos nombres de los que verdaderamente pueden y hasta ahora no se han hecho adelante para nada...

Julio MATEU

Valencia.



Después, cuando han comido, cuando han satisfecho su necesidad, salen a la calle y se esparcen, cada uno por un sitio, como una bandada de pájaros...

La lluvia de hierro y fuego

CUANDO desde el bajo cielo no infecto de la tierra se contempla la plácida inmensidad del firmamento azul, ¿quién acertaría a pensar en los posibles cataclismos que en una hora fatal pueden venirnos de las nubes que forman ese cielo diáfano y sereno? Sin la súbita negrura de la inesperada tormenta y con la más esplendorosa claridad del sol, existe siempre en el aire un peligro inminente que funestas circunstancias ocasionan, a veces, para maldita desventura de los hombres.

En las guerras y las revoluciones de nuestros tiempos, la altura imponente del espacio es augurio amenazador del más espantoso azote.

Vuelan en la paz por ámbito infinito los admirables aviones como preciosas palomas de la civilización, pero las luchas constantes de la terrenal muchedumbre codiciosa convierten con frecuencia esos aparatos alados del maravilloso adelanto humano en gigantescos buitres destructores sanguinarios e inclementes.



Unas «gotas» mortíferas en el espacio

El bombardeo es una de las tragedias inconcebibles del mundo. Las «gotas» mortíferas de la fatídica nave aérea en las épocas bélicas, son la ruina inevitable y la muerte, calamitoso estrago devastador

de los pueblos infortunados que sufrieron conmociones sangrientas.

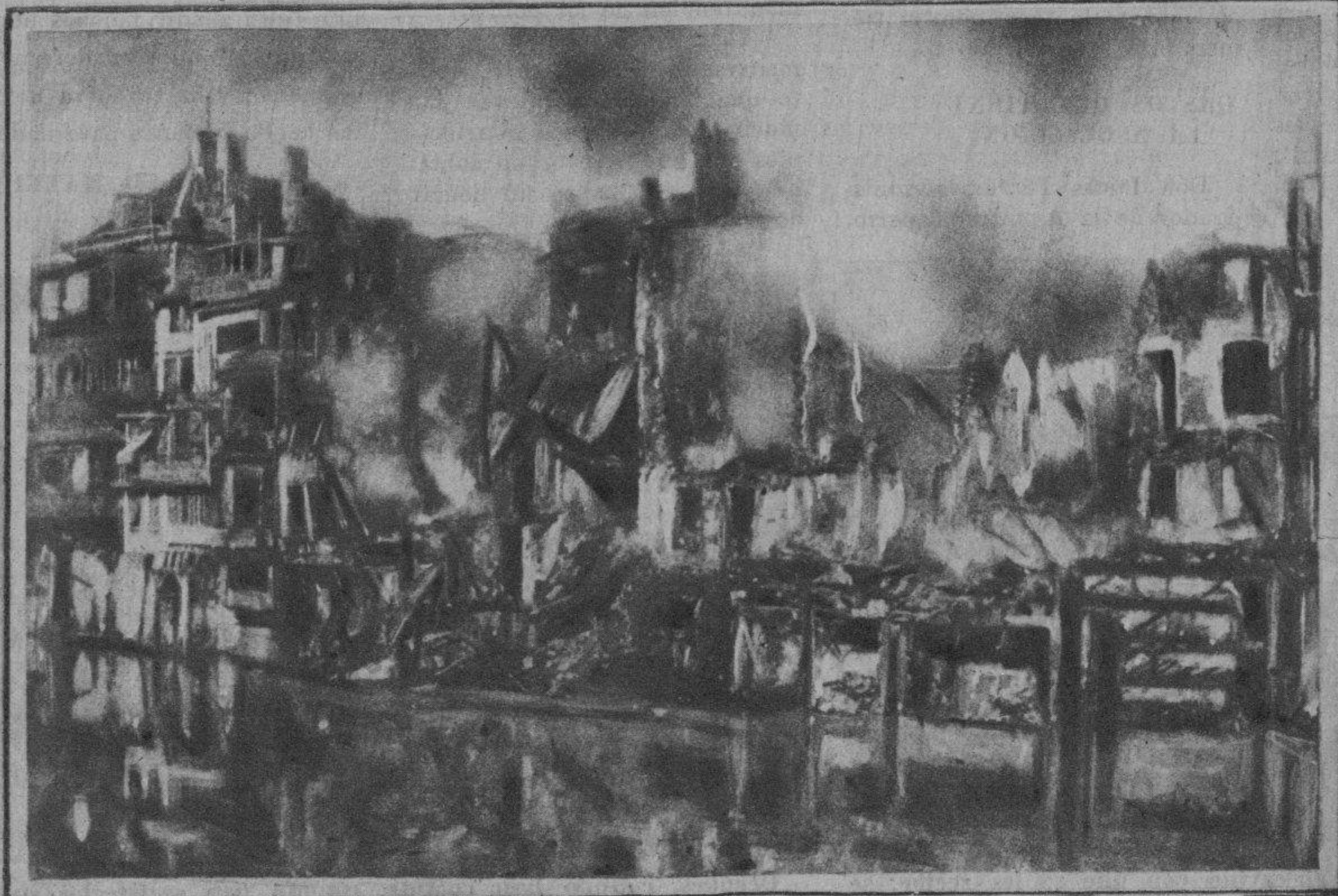
En la azarosa transformación actual de nuestro país, la multitud española tuvo innegablemente verdadera for-

tuna. La revolución pacífica evitó el irreparable horror de la lluvia de hierro y de fuego. Nuestros intrépidos aviadores, que iniciaron la sublevación en Cuatro Vientos, no quisieron ser crueles. Su valerosa actitud no fué asesina. Ni llamas incendiarias, ni proyectiles homicidas. La República les debe, en gran parte, el triunfo de la democracia y la población la gratitud de sus nobles sentimientos, ya que en su ferviente anhelo patriótico de renovación republicana expusieron su vida por la consecución inmediata de su elevado ideal, sin causar el menor daño ni a adversarios ni a neutrales inocentes.

Recordemos la copiosísima y horrenda inundación infernal de metal candente que asoló mil territorios cuando la conflagración de las naciones. Las aves mecánicas malignas vomitaron, desde lo alto, un diluvio de metralla y de explosivos.

Los años transcurridos no han borrado todavía la siniestra huella producida por los numerosos halcones humanos que arrasaron sin piedad regiones enteras del Universo.

XAVIER DE ZENGOTITA



El desastroso y horrible efecto de la tormenta de hierro y fuego

PANORAMA INTERNACIONAL

LA IMPORTANCIA DEL VOTO DE CONFIANZA DEL PARLAMENTO AL NUEVO GOBIERNO FRANCÉS

EL nuevo Gobierno francés, que es el mismo que venía actuando, con ligeras modificaciones, ha empezado a dar fe de vida en el Parlamento; y en la discusión del programa ministerial ha obtenido un voto de confianza. Un voto de confianza de la mayoría de la Cámara, que da al señor Pedro Laval una autoridad absoluta y completa para que pueda desarrollar su política adecuadamente.

En la votación de dicho programa no tomaron parte los socialistas. Estos elementos se abstuvieron de votar, por entender que la finalidad de la votación, o sea el sentido de la moción de confianza al Gobierno, se contraía únicamente a las realidades de la política interior, y, sobre todo, a los preparativos de la próxima lucha electoral.

Tres sesiones ha invertido la Cámara en la discusión del citado programa del nuevo Gobierno. Tres sesiones, en las que aun cuando hubo pasión y fogosidad, no se dejó traslucir en cambio prisa ninguna para acelerar el debate y precipitar las cosas. Hubo orden y hubo serenidad y hubo buen sentido. Y se puso a prueba si el Gabinete Laval tenía la fuerza que precisaba, enfrente al cartel de socialistas y radicales-socialistas, resultando que la mayoría del señor Laval se compone de cuatrocientos cincuenta diputados.

Lo más importante, sin duda alguna, del debate en cuestión, ha sido el discurso del jefe del Gobierno, que ha merecido el elogio unánime de cuantos lo escucharon y de cuantos ven la política europea desde el punto de vista sereno y ponderado que deben verse las cosas.

El discurso del señor Laval ha significado el alegato de un gran gobernante y del representante de una nación de primera categoría y de elevados ideales. Tal discurso ha alejado toda posibilidad de un ambiente de violencia y de bellicosidad. Ha echado un jarro de agua fría — como diríamos en España — sobre las ilusiones guerreras de esas docenas de individuos sin responsabili-

dad y sin sentido de la medida de las cosas, que están oponiéndose estúpidamente a que todo se desarrolle en perfecta normalidad.

El señor Laval ha dado, precisa y terminante, la respuesta de Francia a Alemania, expresando, para conocimiento de todas las naciones interesadas en el asunto de las reparaciones — Alemania, Italia, Inglaterra, Norteamérica — con gran serenidad, con toda reflexión, con mucha firmeza y ponderadamente, lo que debía expresar, lo que debía decir. El jefe del Gobierno francés ni ha vacilado, ni ha retrocedido. Sin menoscabo, sin el menor menoscabo de las reivindicaciones de Francia; se ha portado con gran discreción, prescindiendo de los efectismos y de ahuecar la voz para dar gusto a los belicosos. Y en el mismo tono del señor Laval, se condujeron el Gobierno y el Parlamento.

Estos detalles, dicen, con harta y saludable elocuencia, todo cuanto puede expresarse en favor de la paz mundial. La actitud de Francia, manifestada por el nuevo Gobierno, pondrá, en el ánimo de cuantos temieran el desencadenamiento de violencias, un rayo de esperanza que les hará confiar en la resolución razonada y conveniente de los problemas de la post-guerra.

Hemos indicado en diferentes ocasiones, en estas notas para LA CALLE, que el buen sentido debe imponerse, ha de imponerse forzosamente, en los pleitos y diferencias internacionales, para llegar entre todas las naciones a soluciones de concordia, de las que tan necesitadas están las mismas, después de los enormes perjuicios y desdichas que produjo la conflagración europea. Y aunque haya espíritus morbosos que no se darían por satisfechos, sino volviendo a ver ensangrentados los pueblos y arruinadas totalmente sus economías, tenemos la absoluta seguridad, el completo convencimiento de que esto no ha de ocurrir, y que se llegará a inteligencias y a acuerdos beneficiosos para unos y para otros que permitan reponerse de los

quebrantos sufridos, y devolviendo la confianza a todos, gozar de la prosperidad que haga olvidar las luchas y penurias pasadas, teniendo empero, muy presentes, las enseñanzas derivadas de ellas.

Y que las corrientes de serenidad y de cordura van por su cauce normal, lo evidencia el hecho de que el mismo señor Laval ha soslayado, ha eludido hacerse eco, ni referirse siquiera, en su citado discurso a las preguntas que le ha hecho en la Cámara el señor Franklin-Bonillon, acerca de las medidas que tomaría Francia si Alemania insiste en no pagar. Y el belicoso orador, no logrando obtener las manifestaciones categóricas que esperaba, habló de la aplicación de medidas aduaneras a las mercancías alemanas y de la retención de la cuenca de Saar, como garantía efectiva.

Semejantes medidas y otras que viene aconsejando parte de la Prensa parisina, traerían como consecuencia unos resultados contraproducentes. Los conflictos, mucho menos los de orden económico, no se arreglan, no pueden arreglarse con presiones forzadas, con exageradas imposiciones, pretendiendo sacar partido de donde no hay medio de sacarlo. Para arreglar los conflictos de esta índole, cuando la crisis económica y de confianza mundial es tan grave, tan honda, tan intensa, lo que ha

de hacerse, lo que debe realizarse es una actuación ponderada, firme y serena, dando tiempo al tiempo, y encauzando las cosas de forma que vayan encontrando satisfacción todos los intereses en pugna, y dando a cada uno lo suyo.

Que es, precisamente, la norma trazada por el nuevo Gobierno francés, que tan digna y acertadamente ha exteriorizado en su último discurso el señor Laval.

Carlos BERNAL

París y Enero, 1932.

“LA CALLE” no abona más originales que los que solicita previamente

Hombre liberal

En tu hogar no puede faltar el formidable BLOC JACA (Primer Calendario Republicano). Manda dos pesetas en sellos de correos a EDITORIAL SANXO, BOU de SAN PEDRO, 9, Barcelona, y se te mandará sin más gastos.

CONCURSO

25.000 PESETAS

DE PREMIOS

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	GA

En estas casillas se encuentra, combinado por sílabas, el nombre de tres grandes ciudades españolas.

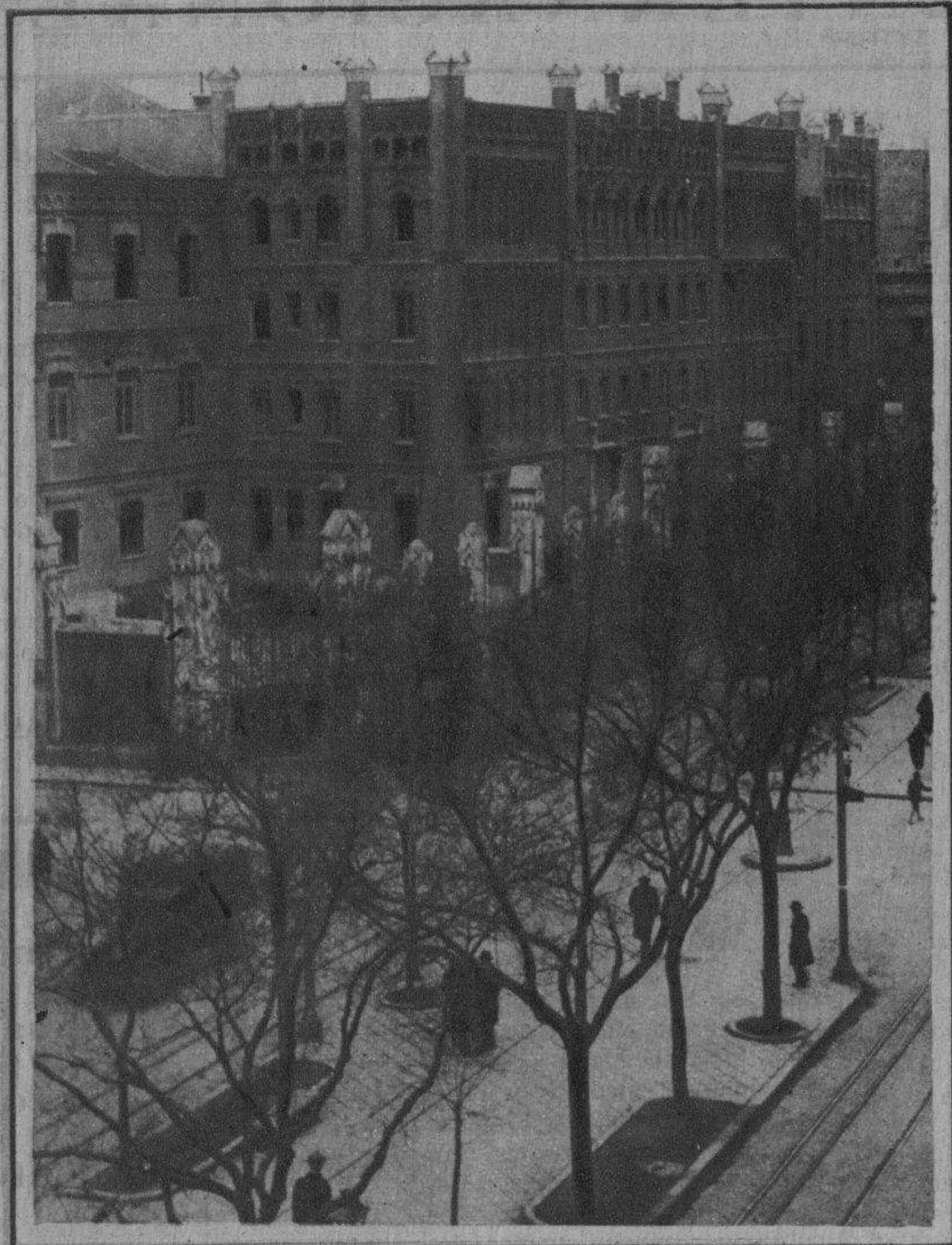
Si usted puede encontrar el nombre de las tres ciudades, envíe la solución de este concurso adjuntando un sobre con su nombre y dirección, a fin de poder contestarle el resultado.

Conformándose a las condiciones de la carta que le mandaremos, usted podrá, eventualmente, obtener un premio completamente gratis.

Escribid: PALMA, 99, Boulevard Auguste Blanqui, PARIS (13^o) — (FRANCIA). Ref. N.º 9.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE “LA CALLE”, PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

Lo que dejan en Madrid los Jesuitas



El edificio de la calle de Alberto Agullera



La casa de Zorrilla, 1



El jardín y, al fondo,
el palacio de Cha-
martín de la Rosa